

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

vuelan cuervos sobre el dinero

de

clark carrados



El hombre caminaba con cierta dificultad por uno de los senderos del parque, oscuro y solitario en aquellos momentos. Se apoyaba en un bastón, debido a que renqueaba ligeramente de la pierna derecha, y en la mano llevaba un maletín de ejecutivo.

Parecía bastante viejo, a juzgar por la dificultad de sus movimientos y los cabellos blancos que se veían bajo el sombrero. De cuando en cuando, dejaba escapar una tos carraspeante. Entonces necesitaba detenerse para tomar aliento.

Había algunas farolas encendidas en distintos puntos del parque, pero la oscuridad, en general, era la nota dominante. El anciano rebasó una de las farolas y, cien pasos más adelante, se detuvo al pie de un frondoso tilo.



Clark Carrados

Vuelan cuervos sobre el dinero

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1215

ePub r1.0

Titivillus 05-12-2019

Título original: *Vuelan cuervos sobre el dinero*
Clark Carrados, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre caminaba con cierta dificultad por uno de los senderos del parque, oscuro y solitario en aquellos momentos. Se apoyaba en un bastón, debido a que renqueaba ligeramente de la pierna derecha, y en la mano llevaba un maletín de ejecutivo.

Parecía bastante viejo, a juzgar por la dificultad de sus movimientos y los cabellos blancos que se veían bajo el sombrero. De cuando en cuando, dejaba escapar una tos carraspeante. Entonces necesitaba detenerse para tomar aliento.

Había algunas farolas encendidas en distintos puntos del parque, pero la oscuridad, en general, era la nota dominante. El anciano rebasó una de las farolas y, cien pasos más adelante, se detuvo al pie de un frondoso tilo.

Había también un seto de boj. El maletín quedó oculto por el ramaje.

Luego, el anciano continuó su camino y se perdió en la oscuridad.

Pasaron unos minutos.

Un individuo surgió de un árbol cercano y se acercó al seto. Tanteó el ramaje y al fin encontró el asa del maletín. Tiró hacia arriba, se incorporó y giró sobre sus talones.

Entonces se encontró con una pistola bajo la nariz. Detrás de la pistola estaba el anciano, pero ahora no se le veía encorvado ni tampoco necesitaba el bastón.

—Hola —dijo el falso viejo, sonriendo anchamente.

El otro se puso pálido.

—¿Qué..., qué es lo que quiere de mí? —tartamudeó.

—Si tienes la bondad de caminar delante de mí, con el maletín sobre tu cabeza, sujeto con ambas manos, lo sabrás dentro de unos minutos.

—Oiga, recuerde que ella...

—Ya sé, ya sé; está en poder de tus amigos y si no llegas con el rescate, empezarán a cortarla en pedacitos. Pero hay tiempo de sobras antes de que tus compinches empiecen a hacer de cirujanos. Vamos, camina.

—Usted no es el padre de Elaine.

—No.

Hubo un momento de silencio.

El hombre que tenía el maletín bajó la vista hacia la pistola, que seguía apoyada inflexiblemente en su labio superior. Luego contempló los ojos que tenía a dos palmos de distancia, fríos, acerados.

—Está bien —se resignó.

Giró sobre sus talones y puso el maletín en la cabeza. La boca de la pistola se apoyó inmediatamente en su nuca.

—Anda —ordenó el fingido anciano.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, el secuestrador se hallaba sentado en una habitación de muros encementados. Delante de él había un hombre joven, de unos veintisiete años, pelo claro, ojos azules y corpulencia aparentemente normal.

Más de uno se había llevado un disgusto al ver a Shardon Stacey como un hombre normal. Las ropas que llevaba Stacey ocultaban en realidad una poderosa musculatura, animada por un cerebro de inteligencia poco común.

Stacey sacó dos cigarrillos, encendió y dio uno a su prisionero.

—Y ahora, muchacho, hablemos con sinceridad —dijo, después de las primeras bocanadas de humo—. ¿Dónde está Elaine Cardbane?

—No lo sé —contestó el prisionero.

Stacey no se inmutó. Sacudió la ceniza con el meñique y dijo:

—Vas a decirme el escondite donde tus amigos tienen a la chica. Y hablarás, tanto si te gusta como si no.

—¿Lo cree así?

El prisionero sonreía despectivamente.

Stacey sacó la pistola nuevamente.

—Ponte en pie —ordenó—. Y, a propósito, todavía no sé tu nombre.

—Mac Kay, Bill Mac Kay.

—Mc parece falso, pero lo mismo da. Bill es un nombre tan bueno como otro cualquiera. Ven aquí, buen mozo.

Mac Kay obedeció. De pronto, la pistola le golpeó en la frente.

Gritó. Las piernas se le doblaron. Todo se hizo oscuro para él

durante unos segundos, aunque no llegó a perder el conocimiento por completo.

Cuando se sintió mejor, notó que estaba sujeto por las muñecas a sendas argollas, encastradas en la pared de cemento. Stacey se hallaba frente a él, con la sonrisa en los labios.

Mac Kay se dio cuenta de que había nuevos elementos en la estancia. Vio látigos, tenazas, cuchillos y hasta un brasero encendido, en el que se calentaban unos hierros semejantes a los empleados por los vaqueros para marcar el ganado.

—Oiga, pero ¿qué diablos...?

Impasible, Stacey se acercó al sujeto y, a tirones, rasgando las ropas, le dejó desnudo de la cintura para arriba. Luego le quitó los zapatos, pero no los calcetines.

—Marrano, al menos, podías bañarte los pies —gruñó—. Huelen apestosamente.

—¿Qué es lo que piensa hacer conmigo? —chilló el prisionero.

—Torturarte, claro —contestó Stacey tranquilamente.

Tenía un cigarrillo entre los labios y lo encendió con uno de los hierros que se calentaban en el brasero.

—Puedo azotarte, arrancarte la piel a tiras, cortarte los dedos trocito a trocito, quemarte los pies... También puedo desnudarte del todo y embadurnarte el vello corporal con cera. Así el pelo arderá más lentamente, ¿sabes? Yo no tengo prisa...

—La chica morirá si no aparezco con el dinero —dijo Mac Kay, que sudaba a chorros.

—¿Qué importa ahora la chica? Estamos hablando de ti y lo que a ella le pueda pasar no aliviará tu situación. Tú sentirás tus dolores, no los de Elaine Cardbane.

Stacey volvió a lanzar otra bocanada de humo. Con ojos extraviados, Mac Kay contempló los instrumentos de tortura situados a pocos pasos de distancia.

Aquel hombre, que le resultaba desconocido, era capaz de todo, pensó. Bastaba con mirarle a la cara para saber que no se detendría ante nada, con tal de obtener la información deseada.

Y nadie oiría sus gritos. Aquella habitación debía de ser un subterráneo...

Una intensa agonía le invadió todo su cuerpo.

Cedió cuando vio que Stacey agarraba un hierro ardiente por

segunda vez.

—Hillside, cuarenta —gimió.

—Descríbeme el lugar —exigió Stacey.

—Una casa aislada, a doscientos metros del mar... Hay un jardín, con cuatro palmeras... La tapia mide tres metros...

Stacey se dirigió hacia la puerta, minutos después.

—Suficiente —dijo.

Mac Kay había sido muy detallista.

—Oiga —chilló Mac Kay—, ¿es que no me va a soltar?

El joven se volvió y le miró despectivamente.

—No soy tonto —contestó—. Si me has engañado, volveré. Todavía vivirás una semana..., pero imagínate en qué condiciones vivirás.

Mac Kay se puso a llorar.

Durante unos segundos, había tenido en la mano un millón de dólares. Había creído en la fortuna, en una vida regalada y sin preocupaciones... y, de repente, todos sus sueños se habían disipado brutalmente.

Lo peor de todo era la perspectiva que le aguardaba cuando se encarase con un tribunal de justicia.

* * *

El número 40 de Hillside Road era tal como lo había descrito Mac Kay. La tapia tenía tres metros de altura, había cuatro palmeras y la casa era de una sola planta y tejado rojo, a dos aguas.

Stacey se puso de puntillas y tanteó el borde de la tapia, en busca de algún posible sistema de alarma. No parecía posible que lo hubiera ni tampoco que los secuestradores esperasen otra visita que la de su compinche con el dinero del rescate. Se iban a llevar una buena sorpresa, pensó, mientras se izaba a pulso hasta arriba.

Saltó al interior del jardín. No había perro. Hubiera significado un compromiso para los raptos. Mac Kay le había dicho que habían alquilado la casa expresamente para la ocasión. Tener un can e ir a comprarle comida hubiera podido ser notado por la vecindad y a ellos les interesaba sobre todo pasar desapercibidos.

Caminó lentamente hacia el edificio. La vista de los elementos de tortura, preparados simplemente para aterrorizar a su prisionero, había sido más que suficiente para que Mac Kay se sintiese

inclinado a charlar por los codos. A ciegas hubiera podido llegar hasta la habitación donde estaba prisionera Elaine Cardbane.

Convertido en una sombra fantasmal, se deslizó hasta situarse en la parte posterior de la casa. Buscó la ventana de la habitación donde estaba Elaine y tanteó los vidrios.

Al otro lado había una recia tela metálica, imposible de romper para una muchacha cautiva. Stacey iba preparado para salvar todos los obstáculos.

Con un diamante, cortó uno de los cristales, lo que le permitió levantar el bastidor. Luego utilizó unos alicates para cortar los gruesos hilos de la tela metálica y abrir así un agujero que le permitiese pasar el cuerpo.

Veinte minutos más tarde, entraba en la habitación. El delgado rayo de luz de una linterna le permitió ver la asustada cara de una muchacha, tumbada en una cama y atada y amordazada.

Elaine estaba despierta. Sus ojos expresaban claramente el miedo que la poseía.

Stacey se acercó a la cabecera de la cama.

—No tema —dijo en voz muy baja—. He venido a rescatarla.

Sacó una navaja y ya se disponía a cortar las ligaduras de la muchacha cuando, de pronto, oyó pasos en las inmediaciones.

Agilísimo, saltó hacia atrás y se ocultó tras las cortinas que tapaban la ventana. La puerta se abrió unos segundos más tarde.

Voces broncas llegaron hasta sus oídos:

—Bill se está retrasando demasiado.

—Falta una hora para amanecer —dijo otro—. No pienso esperar más de treinta minutos.

—Ni yo —añadió un tercero—. Si dentro de media hora no ha llegado Bill con la «pasta», me largo y ahí queda eso.

—Pero no la dejaremos viva —dijo el primero—. Nos ha visto; no podemos permitir que nos delate.

—Ni siquiera aunque venga Bill con el dinero.

El último habló desde la puerta, que había abierto para echar un vistazo a la prisionera, sin necesidad de entrar. Vio que todo iba normal y cerró de nuevo.

CAPÍTULO II

Stacey aguardó un minuto. Luego volvió a salir.

Lo primero que hizo fue quitar la mordaza que cerraba la boca de la prisionera. Elaine lanzó un hondo suspiro y luego musitó un apenas perceptible «gracias».

Stacey cortó las ligaduras. Tocó los tobillos de la muchacha y los notó hinchados, así como las muñecas. En aquellas condiciones, Elaine no podría dar dos pasos seguidos.

—Esperaremos unos momentos —dijo, mientras friccionaba enérgicamente los tobillos, a fin de ayudar al restablecimiento de la circulación sanguínea.

—¿Quién es usted? —preguntó la muchacha.

—Shardon Stacey. Su padre me contrató para rescatarla. Pero no hable ahora; tiempo tendremos cuando hayamos salido de aquí.

—¿Cree que lo conseguirá? —dudó ella.

—Seguro.

Había firmeza en la voz de Stacey. Elaine se sintió infinitamente mejor, después de tantas horas de terror y congoja, creyendo llegada su hora en cualquier momento.

—Ya me siento mejor —dijo, un par de minutos más tarde—. Ha habido momentos en que ni siquiera notaba que tenía pies.

—Lógico —convino él con una sonrisa—. Deme la mano, por favor.

Elaine obedeció. El contacto con la fuerte mano varonil la infundió valor y confianza.

Paso a paso se acercaron a la ventana. Pero, de súbito, en el momento en que iban a salir, se abrió la puerta.

Stacey se revolvió como un rayo. El individuo que había abierto tardó demasiado en reaccionar.

La pistola de Stacey escupió un sonoro fogonazo. Se oyó un agudo chillido y luego el ruido de un cuerpo que se derrumbaba al suelo.

Stacey maldijo la intempestiva intromisión del secuestrador, pero ya no podía evitar lo ocurrido.

—Elaine, tiéndase en el suelo —ordenó.

Ella obedeció en el acto. Stacey dio un par de saltos y se situó en las

inmediaciones de la puerta.

Dentro de la casa sonaban gritos de alarma. Un individuo se precipitó, pistola en mano, hacia la habitación de la muchacha.

Stacey le cortó el paso con dos balazos dirigidos a las piernas. El forajido se desplomó aullando.

Otro de los secuestradores hizo fuego desde la puerta opuesta. Stacey disparó dos veces más. Una frente saltó en pedazos al recibir los impactos de los proyectiles calibre 45.

Stacey aguardó unos instantes. Después del fragor de los disparos, oyó pasos precipitados que sonaban en la otra parte de la casa.

Segundos más tarde, oyó el rugido del motor de un automóvil. Stacey se puso en pie, sonriendo.

El cuarto secuestrador escapaba, aterrado por la intrusión de alguien a quien no esperaba. Tranquilo al respecto, Stacey se acercó sucesivamente a los dos heridos y les desposeyó del armamento que no habían tenido tiempo de utilizar.

Tranquilo al respecto, buscó el teléfono y llamó a la policía. Luego regresó junto a la muchacha.

—Vamos —dijo.

Salieron por la ventana. Stacey quería ahorrar a Elaine el espectáculo de un cadáver con el cráneo destrozado.

—Tengo mi coche a doscientos metros —dijo—. ¿Cómo se siente?

—Ya se me ha pasado el miedo —contestó Elaine—. Pero cuando usted empezó a tiros...

Stacey sonrió.

—Lo siento, no había otro remedio. Créame, no soy individuo aficionado a darle al gatillo.

—Antes ha dicho que le contrató mi padre —dijo la chica.

—Sí.

—¿Le conocía?

—Bueno, un amigo común me recomendó. Su padre no quería intervención ajena, puesto que tales eran las instrucciones recibidas de los secuestradores. Pero ese amigo le convenció de que yo podía ayudarle y, además, ahorrarle el millón del rescate.

—A mi padre no le hubiese importado el dinero, empleado en mí —alegó la muchacha.

—No lo dudo, pero, qué diablos, un millón es siempre un millón, señorita Cardbane. Y, francamente, yo detesto a los tipos que hacen

cosas así, ¿comprende?

—¿Por algún motivo?

Stacey guardó silencio.

—No me ha contestado —dijo Elaine.

—No quiero contestarle —gruñó él.

Ya estaban cerca del coche. Stacey abrió la portezuela.

—Antes de una hora, estará en casa —anunció.

—Me parecerá un sueño —sonrió ella.

—Sobre todo, porque podrá dormir con absoluta tranquilidad —respondió Stacey de mejor humor.

Sentóse tras el volante y dio el contacto.

—A propósito, señorita Cardbane, ¿cuántos años tiene usted? —preguntó—. Si no es indiscreción, claro.

—Ninguna —sonrió ella—. Hoy mismo cumpla diecinueve años.

—¡Qué edad tan florida! —suspiró Stacey, a la vez que pisaba el acelerador.

* * *

La chica, generosa de contornos, entró ondulando en la cafetería en la que Stacey, sentado en un taburete, tomaba café en unión de un amigo.

El amigo le dio un codazo.

—No la mires —dijo.

—¿Por qué? ¿Está prohibido? —preguntó Stacey.

—Sí. Es la chica de Barnard Carleton.

—Ah, el famoso hombre de negocios.

—El mismo. Y no la encierra en una urna de vidrio por el qué dirán, pero ganas no le faltan.

—Sam, estás muy bien enterado de la vida y milagros de ese Carleton —dijo Stacey.

—Hombre, me lo pide el oficio. ¿O es que tú no te enteras de la vida y milagros de otras personas?

—Mi oficio es muy distinto y no consiste en defender a la gente acusada de algo ante los tribunales, Sam.

—Precisamente por eso sé lo de esa rubia. Me lo dijo un colega, que en tiempos defendió a Carleton en un pleito civil.

La rubia se había sentado en un rincón y fumaba displicentemente.

Tenía las piernas cruzadas de tal manera, que Stacey llegó a pensar si la falda que llevaba no era más que un simple adorno.

De pronto, la rubia le miró.

Stacey sonrió y le guiñó un ojo.

Ella contestó con otra sonrisa y un guiño. Pero, de pronto, Stacey vio que alguien se disponía a salir del local.

—Lo siento, Sam —dijo.

—¿Te largas?

—Sí.

—¿A quién persigues?

—A un tipo ligero de cascos, amante de la poligamia.

—Vaya una forma de ganarse la vida —rezongó Sam Lunn, abogado.

—Cada uno se la gana como puede, muchacho —se despidió Stacey. Media hora más tarde, se llevó una enorme sorpresa.

El individuo a quien seguía se reunió con una mujer joven y hermosa. Stacey no podría olvidar jamás el rostro de aquella mujer. Lo había contemplado cuatro años antes y se le había grabado en la mente de forma indeleble. Pero ya no la había vuelto a ver. Casi ni siquiera sabía de su vida.

Sentado tras el volante de su coche, vio a Elaine Cardbane entrar en el del sujeto a quien perseguía. Le entraron deseos de abandonar la persecución, pero recordó que cobraba por obtener informes de la vida y milagros del sujeto y siguió tras la pareja.

Una hora más tarde, después de un largo recorrido en coche por distintos sitios, Elaine se apeó delante de su casa. Lanzó un alegre beso al conductor y cruzó ágil y graciosamente la acera.

Stacey continuó la persecución. El individuo regresó a su casa.

«Es lógico», pensó.

Y como ya no tenía nada que hacer, viró en redondo y volvió al bar donde había estado hablando con su amigo el abogado.

«Hoy no es mi día de suerte», se dijo, al observar la ausencia de la rubia.

Tomó un *whisky* doble. No sabía qué hacer.

De pronto, uno de los *barmen* le acercó el teléfono.

—Para usted, señor Stacey —anunció.

El joven le miró sorprendido un instante. Luego agarró el auricular.

—Stacey —dijo sobriamente.

La voz que sonó a continuación era dulce, cálida, de tonos insinuantes.

—Hola, Shardie, ¿no me conoces?

—No tengo la menor idea, aunque, a juzgar por la voz, se trata de una mujer joven y muy guapa.

Sonó una risa argentina.

—Joven, sí —admitió ella—. En cuanto a lo de muy guapa...

—Todavía no conozco su nombre, señora.

—Polly Caytonee, Shardie.

—No me suena el nombre, señora —dijo Stacey.

—Esta tarde tú me sonreíste y me hiciste un guiño. Yo contesté de forma análoga, pero, de pronto, echaste a correr.

Stacey contuvo el aliento.

—La chica de Carleton —resopló.

—Es lo que algunos piensan. Piensan muy mal, ¿sabes?

—Te advierto que yo sólo hablo de oídas.

—Sí, ya me lo imagino. Shardie, vivo en el doscientos diecinueve de Carpenter Avenue. —Polly hizo una pausa—. Y estoy sola —añadió. Stacey reflexionó un instante. La invitación era muy sugestiva, pero había algo en la llamada que el instinto le decía no resultaba lógico y normal. No hubiera podido definirlo; sin embargo, para ciertas situaciones, poseía un sexto sentido que le hacía obrar con extraordinaria prudencia.

—Cariño, lo siento. Hoy, no —rechazó la invitación.

—Oh, qué lástima. Tan sola que me encuentro...

—Repito que lo siento, pero soy un modesto trabajador y he de ganarme la vida. ¿Por qué no quedamos para otro día?

—Bueno, si no hay más remedio...

—Lláname a este mismo bar. Si no me encuentras, Pete, el jefe de *barmen*, te dará mi teléfono.

—De acuerdo, te llamaré.

Stacey colgó el teléfono.

No, la cita de Polly no le agradaba en absoluto.

Quizá ella, en el fondo, era inocente, pero bastaba con recordar el hombre a quien se hallaba unida sentimentalmente para ponerse en guardia.

Abonó el importe de la bebida y salió a la calle.

Al otro lado había un coche parado, ocupado por dos sujetos que

parecían charlar amistosamente. Stacey reconoció a uno de ellos, notorio hampón. Su nombre era Claudius Bidford, pero era más conocido por el apodo de Narizotas. Sin embargo, la nariz era poco más que un garbanzo en un rostro plano y de ojos en apariencia vacuos.

Pero Stacey conocía la crueldad que se escondía tras el rostro del chato, cuya pésima fama le era sobradamente conocida. Subió a su coche y, por el retrovisor, pudo ver que el otro se ponía en marcha inmediatamente.

Llegó a su casa. Desde la ventana del despacho, vio el coche parado al otro lado de la calle.

Sintióse preocupado. ¿Por qué le vigilaban?

De pronto, sonó el teléfono y se separó de la ventana.

—Stacey —dijo.

—Soy Norma Compton —dijo la mujer al otro extremo de la línea.

—Ah, señora Compton. Tengo informes para usted, aunque...

—¿Qué sucede? ¿Acaso no puede anticiparme algo por teléfono? —preguntó ella, impaciente.

—Señora, casi podría decirle que sus sospechas están muy bien fundadas, pero prefiero confirmarlas de manera irrevocable. ¿Podría esperar un día o dos mas? Se lo suplico...

—Está bien —cedió la mujer—. Le llamaré mañana.

—Pasado mañana mejor, señora Compton.

Stacey colgó el teléfono. Sacó un cigarrillo y golpeó la boquilla de filtro contra el borde de la mesa.

Luego, pensativo, volvió junto a la ventana.

¿Por qué no había dicho a la señora Compton todo lo que había averiguado de su esposo?

Pensaba que antes sería conveniente hablar con Elaine. Al día siguiente, iría a verla y conversarían con toda franqueza. Elaine debía saber la verdad. El hombre que parecía pretenderla estaba casado.

Tal vez se llevase un desengaño la muchacha, pero valía más que sufriese ahora un poco. A fin de cuentas, se dijo, sólo tenía veintitrés años y era una edad maravillosa para olvidar fracasos amorosos.

Con el cigarrillo humeante en los labios se acercó a la ventana. Maldijo entre dientes.

El coche ocupado por Narizotas y su compinche seguía en el mismo sitio.

¿Por qué diablos le vigilaban?

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente se levantó sin prisas, se bañó y luego preparó un poco de café en la cocina de su departamento. Almorzaría más tarde; en aquellos momentos no sentía el menor apetito.

Tomó un par de tazas y salió al despacho. Casi en el mismo instante, llamaron a la puerta.

Abrió. Una fuerte sacudida recorrió su cuerpo de pies a cabeza.

—¡Usted! —exclamó, sin poder contenerse.

Elaine le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Te extraña? —preguntó.

Stacey se pasó una mano por la cara.

—Voy a pellizcarme —dijo—. Esto es un sueño...

Ella rió argentinamente.

—Veo que estás despierto —exclamó—. Pero ¿he de quedarme en la puerta todo el rato?

—Oh, dispénsame, estoy tan aturdido que... —Stacey se echó a un lado y ella entró, envuelta en un aura de sutil y delicado perfume—. Señorita Cardbane, permítame que le diga que es usted la última persona a quien pensaba ver en estos momentos.

—Te creo, Shardon, pero, por favor, deja los tratamientos a un lado. Stacey la miró fijamente durante unos segundos. Elaine era arrebatadoramente bella, sobre todo con su pelo negro, cuidadosamente dividido en dos bandas, reunido en un gran moño en la nuca, sus ojos negrísimos y la tez de nívea blancura, aunque sin una palidez que indicase carencia de glóbulos rojos. Todo lo contrario; Elaine ofrecía el aspecto de una estallante y juvenil vitalidad, que reconfortaba sólo con su contemplación.

—La gente de mi confianza me llama Shardie —dijo al cabo.

—Te llamaré Shardie —aceptó ella con naturalidad—. ¿Puedo hablar? —consultó.

—¿Necesitas de mí? —Adivinó Stacey.

—Sí.

La respuesta, en su laconismo, encerraba una contundencia fácil de captar. Stacey movió una mano.

—Todavía no te he dicho que te sientes —dijo.

—Gracias.

El detective sacó cigarrillos y ofreció uno a la muchacha. Elaine lo rechazó con un imperceptible movimiento de cabeza.

—Empieza cuando quieras —invitó él.

—Necesito tu ayuda, Stacey. Es grave. Y urgente.

—¿Qué te sucede? ¿Algún peligro inminente?

—En cierto modo. Me han pedido un millón de dólares.

Stacey sonrió.

—Para ti, eso no debe de ser nuevo —dijo—. ¿En qué se basan para pedirte esa suma?

—En ciertos hechos de mi padre, que no deben ser divulgados.

—Oh, creo que entiendo. A eso se le llama chantaje, Elaine.

—Sí, Shardie.

—Y, naturalmente, no quieres pagar.

—Es que no puedo —contestó ella.

Stacey levantó las cejas.

—Vamos, Elaine...

—Soy pobre, Shardie —declaró ella sin rodeos.

—Pero, demonios, tu padre reunió un millón hace cuatro años. Y tenía aún más dinero en el Banco.

—Todo ese dinero se ha evaporado, Shardie —dijo Elaine sorprendentemente.

—Me dejas pasmado. Tu padre es uno de los hombres más ricos de la ciudad...

—Era, Shardie —corrigió la muchacha—. ¿O es que no te has enterado de que murió hace año y medio?

—Perdona, lo había olvidado. Te llamé por teléfono para darte el pésame, pero alguien me contestó que estabas muy abatida y que ya te pasaría mi recado.

—No me dijeron nada, Shardie, aunque es lo mismo. Gracias, de todos modos.

—Bien, siento lo ocurrido, repito, pero volvamos al tema principal. ¿Por qué tienes que dar un millón de dólares?

Elaine le dirigió una penetrante mirada.

—Shardie, ¿no recuerdas lo que era mi padre en la ciudad? —preguntó.

Stacey encendió un segundo cigarrillo. Después de un par de bocanadas de humo, dijo:

—No era el alcalde, pero lo parecía. Mandaba en todo el mundo y todos le obedecían. Era un hombre poderoso: negocios, construcciones, Banca...

—Todo eso se lo ha llevado el viento, Shardie —insistió ella.

—¿Qué fue lo que provocó el vendaval?

—Jugadas de bolsa desafortunadas. Y también un par de contratas falladas a última hora en favor de un competidor.

«Más honesto», pensó Stacey.

—Sigue —invitó.

—Eso es todo. Ahora sólo me queda la casa, hipotecada, como he dicho, un par de miles de dólares en mi cuenta privada... y lo puesto.

—Bien, no tienes dinero para pagar el millón. ¿Por qué no lo haces saber así a quien te lo exige?

—Se lo he dicho, pero no me creen, Shardie.

—Si no te conociera, yo tampoco te creería —sonrió Stacey—. ¿Te ocurrirá algo si no pagas el millón?

—Es que..., además, quieren otra cosa —dijo ella, bajando los ojos.

—¿Cómo? —se sorprendió él.

—Mi padre, yo me he enterado ahora, puesto que él nunca me lo dijo, llevaba un diario puntual de todas sus actividades, con nombres, fechas y cantidades. Quieren el diario y un millón.

—Rayos —gruñó Stacey—. Ese diario debe de ser dinamita pura.

—Es lo que yo opino, aunque no tengo la menor idea de dónde puede estar escondido, Shardie.

—La cosa se complica —rezongó él—. Elaine, haré lo que pueda, aunque no estoy en condiciones de prometer resultados.

—Tú me rescataste en cierta ocasión...

—Resultó sencillísimo. Ahora la cosa cambia bastante y no para mejorar, precisamente.

—Pero lo intentarás, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Cuántas veces te han llamado por teléfono?

—Tres. En la primera ocasión, me explicaron con bastante detalle todo lo que sucedía al respecto y me anticiparon algo de lo que

querían. La segunda vez, me pidieron el millón y el diario. Les contesté que no tenía el dinero ni el diario y se rieron de mí. Y en la tercera ocasión...

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche, Shardie. Me dieron un plazo de ocho días para reunir el dinero y entregar el diario. Dentro de siete días justos, volverán a llamarme para darme instrucciones acerca de la forma en que he de entregar una cosa y otra. Les dije que no podía, pero me contestaron que o lo hacía o no llegaría viva al noveno día.

—Son contundentes —rezongó él—. Pero te han dado plazo de sobra para arreglar el asunto.

—Entonces, ¿me vas a ayudar? —preguntó Elaine, esperanzada.

—Más de lo que te imaginas —sonrió él—. ¿Cuándo te casas? —preguntó de sopetón.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Elaine, vivamente sorprendida.

—Se llama Ralph Compton, ¿verdad?

—Sí, pero... No entiendo. ¿Quién te lo ha dicho, Shardie?

—Antes he dicho que iba a ayudarte más de lo que imaginabas. Voy a empezar, aunque sea por un desengaño. Compton está casado, Elaine.

Hubo un momento de silencio.

Elaine tenía la boca abierta.

—No puedo creerlo —dijo al cabo.

—Muchacha, soy detective profesional —declaró él, muy serio—. La señora Compton sospechaba algo sobre ciertos devaneos de su esposo. Me encargó siguiera a su esposo y obtuviera informes de sus actividades... y resultó que eres tú la pretendida.

Elaine bajó la vista.

Stacey no podía mentir. Hablaba con absoluta sinceridad. ¿Qué objeto hubiera tenido engañarla en aquel asunto?

De pronto, se puso en pie.

—Gracias, Shardie —dijo con voz átona.

Stacey la acompañó hasta la puerta.

—Tienes veintitrés años —dijo con acento afectuoso—. Es la mejor edad para olvidar cierta clase de desengaños.

—Sí, creo que tienes razón.

—Ah —dijo él de pronto—, esta tarde irá a visitarte un empleado de la compañía de electricidad. La instalación de tu casa tiene una

avería y es preciso repararla. El empleado será yo, por supuesto.

Elaine volvió a mirarle y se esforzó por sonreír.

—Comprendo —murmuró.

Stacey hizo un gesto con la cabeza al quedarse solo. Compadecía a Elaine.

—Pero ya se le pasará —dijo de pronto.

* * *

Ahora ya podía hablar con Norma Compton. Llamó a la mujer por teléfono y le pidió hora para una entrevista. La señora Compton le citó para las cinco de la tarde.

Stacey volvió el teléfono a la horquilla. En aquel momento, llamaron a la puerta.

Se puso en pie, cruzó la estancia, salió al antedespacho y abrió. De los dos rostros que vio ante sí, uno le era sobradamente conocido.

—Hola —dijo Narizotas—. Le presento a mi amigo Rock Mailer.

—No me siento encantado de conocerle ni a ti de verte en mi casa

—contestó el joven secamente—. Largo.

Y fue a cerrar, pero Bidford puso el pie y se lo impidió.

Luego cambiaron una mirada con su compinche. De pronto, los dos a una, cargaron con el hombro.

Stacey lo presintió y saltó hacia atrás, evitando así ser derribado.

Los dos hampones entraron. Mailer cerró la puerta.

—No tenga miedo —dijo Bidford—. Sólo hemos venido a hacerle una advertencia.

—¿Sí? —dijo Stacey tranquilamente.

—Ha venido una chica a verle. Olvídela. Olvide todo lo que le ha dicho. ¿Entendido?

Stacey contempló a los dos sujetos alternativamente.

—¿Quién les envía? —preguntó.

—No importa. Tenga en cuenta nuestra advertencia; es todo lo que le pedimos.

—El caso es que poseo una memoria excepcional.

Los dos hampones entendieron perfectamente el significado de la respuesta.

De nuevo intercambiaron una mirada.

—¿Le damos un poco de droga para la amnesia? —consultó Bidford.

—Lo que tú digas, camarada —respondió Mailer con naturalidad. Y ambos, a la vez, metieron sus manos dentro de las respectivas chaquetas. Pero no habían contado con la veloz reacción del hombre que tenían ante sí.

Stacey disparó su puño derecho con toda su potencia. El golpe fue dirigido venenosamente a la minúscula nariz de Bidford, de cuyos labios se escapó un grito de angustia. Tambaleándose hacia atrás, se llevó las manos al apéndice nasal tan cruelmente maltratado, olvidándose por unos momentos de cuanto le rodeaba.

Mailer consiguió sacar su pistola, pero la soltó inmediatamente, apenas un zapato se estrelló contra su rodilla derecha.

El dolor le hizo chillar, a la vez que empezaba a saltar a la pata coja. Aprovechando la situación, Stacey le arreó un fenomenal puntapié en las posaderas, lanzándole contra la pared frontera.

Mailer rebotó y cayó sentado. Al intentar levantarse, recibió un durísimo rodillazo en la mandíbula y perdió el sentido.

Bidford iba todavía de un lado para otro, exclusivamente ocupado en contener la hemorragia nasal, causada por el golpe recibido. Stacey se fue hacia él y le clavó el puño en el estómago. Cuando el hampón se inclinó, Stacey le dejó sin sentido de otro golpe tras la oreja izquierda.

Dos pistolas y dos navajas pasaron a su poder. Tranquilamente, esperó a que los rufianes se despertasen, lo que ocurrió minutos más tarde.

—Insisto en que tengo buena memoria —dijo Stacey, cuando les vio en situación de entender sus palabras.

Bidford y Mailer parecían abatidos. A pesar de todo, el primero intentó gallear.

—Más le valdría no tener memoria —se despidió malignamente.

Stacey se quedó solo y muy preocupado.

¿A quién le interesaba que olvidase la visita de Elaine Cardbane?, se preguntó.

La vigilancia de que había sido objeto y el motivo de la misma, eran algo que, por el momento, no tenía respuesta.

¿O había quien podía facilitarle detalles interesantes sobre el particular?

CAPÍTULO IV

—De modo que es cierto —dijo Norma Compton.

—Sí, señora —corroboró Stacey, impasible.

Norma se paseó, nerviosa, por la sala en que había recibido a su informador. Era una mujer alta, de senos exuberantes, rondando los cuarenta años y de rostro no desagradable del todo, aunque ya había perdido la cintura. Bien arreglada y con una buena faja, todavía se le podía conceder una mirada, pensó el visitante.

Norma se detuvo de pronto y fijó la vista en Stacey.

—Me pregunto qué habrá visto en esa otra mujer, que no tenga yo —exclamó.

Stacey mantuvo el rostro impasible.

«Casi veinte años menos y un rostro y una figura que no admiten comparación posible», se dijo.

—Los hombres, señora, somos así a veces —dijo con una sonrisita de circunstancias.

—Ralph es un vago y un imbécil de buen tipo y mucha labia —calificó Norma rabiosamente—. Ahora lo veo claro: se casó conmigo sólo por el dinero.

—Pero trabaja, señora.

—Va a la oficina y simula que trabaja, que no es lo mismo. Y muchas veces, se marcha a... Bueno, no quiero seguir hablando sobre el particular. Señor Stacey, quiero que sepa que estoy muy agradecida por lo que ha hecho en mi favor.

—Es mi oficio, señora —contestó él.

—Ya —dijo Norma—. De todas formas, todavía no conozco el nombre de la mujer.

—Lo siento, señora.

Ella arqueó las cejas.

—¿Lo ignora usted también? Le llamé porque tiene fama de averiguarlo todo —exclamó.

Stacey lanzó una suave carcajada.

—Señora, le aseguro que mi fama es inmerecida —contestó.

—Pero sabe cómo se llama la chica.

—Sí.

—Dígame su nombre.

—Lo siento, señora.

Norma apretó los labios.

—No le pagaré si no me lo dice —aseguró.

Stacey agarró su sombrero.

—Debe saber una cosa, señora —manifestó—. La chica tras la cual va su esposo es una muchacha de absoluta honestidad. Lo digo porque la conozco bien y, es más, ella misma ignoraba que su esposo estuviera casado. Ella es muy amiga mía y por dicha razón no pienso decirle su nombre.

Norma pareció humanizarse un tanto.

—Usted parece apreciarla mucho —opinó.

—Bastante, a decir verdad, y es por proteger su buen nombre, por lo que no quiero divulgar su identidad. Ella se había enamorado muy sinceramente de su esposo y ha sufrido un choque terrible al conocer la realidad.

—Pobrecilla —suspiró Norma—. A mí también me pasó algo por el estilo, sólo que yo no supe reparar en que diez años de diferencia podían llegar un día a producir una situación semejante. Me casé con un hombre mucho más joven que yo y... Está bien, no hablemos más del asunto, señor Stacey. Le ruego me dispense las palabras que proferí hace un momento.

El joven sonrió.

—Ya lo he olvidado, señora —contestó.

Norma se acercó a una consola y tomó un cheque que había sobre la misma.

—Sus honorarios —indicó, al entregárselo.

Stacey volvió a sonreír. Luego abandonó la casa, muy satisfecho.

En la primera cabina telefónica que halló al paso, llamó a su oficina. La secretaria le atendió en el acto.

—Iba a salir ya, jefe —dijo la chica.

—Está bien, puede irse, Mary, pero tenga en cuenta mía cosa para lo sucesivo y hasta nueva orden. No acepte ningún caso, bajo ningún pretexto. ¿Entendido?

—Sí, jefe. Oiga, esta mañana encontré la casa un poco revuelta...

Stacey se echó a reír.

—Estuve haciendo un poco de ejercicio con unos amigos —contestó.

Colgó el teléfono y salió a la calle.

Encendió un cigarrillo. Se preguntó si encontraría a Ralph Compton en su oficina.

Había una forma de saberlo, pero no quieto en medio de la calle, por supuesto.

* * *

La oficina de Ralph Compton tenía un título bastante corriente: «Asesoría Legal», en el que además figuraban dos nombres, el del propio Compton y el de su socio Mac Donald Rainer. Debido a las pesquisas que había realizado, Stacey sabía que Compton era poco más que un adorno en la oficina y que Rainer era quien cargaba con el peso del trabajo.

La asesoría estaba instalada en un edificio de oficinas, la inmensa mayoría de las cuales habían sido ya desalojadas, dada la hora. Stacey sabía que ir allí era perder el tiempo, aunque, en todo caso, conocía un lugar donde encontraría a Compton, mucho mejor que en su despacho o en su propia casa.

Llegó ante la puerta y llamó. Encontró muy lógico que no le contestase nadie y ya se iba a marchar cuando, de pronto, observó que la puerta no estaba totalmente cerrada.

Abrió. La oficina estaba en silencio.

Atravesó el antedespacho, llegó al de la secretaria y huroneó un poco algunos papeles que vio sobre la mesa. Al otro lado había dos puertas de cristal, con los nombres de ambos socios.

Abrió la puerta correspondiente a Compton. Su ocupante estaba allí. En el primer instante, Stacey creyó que Compton dormía. Rectificó un segundo más tarde.

Compton estaba sentado en su sillón, con la cabeza doblada sobre el pecho. De la sien izquierda le manaban unos hilos de líquido rojo, que habían brotado de un agujero redondo, de origen inconfundible.

Stacey se estremeció con fuerza. Compton no era zurdo, él lo sabía muy bien, ya que había tenido que estudiar su vida y milagros. Por tanto, era preciso descartar la hipótesis del suicidio.

Después de unos segundos de indecisión, avanzó hacia la mesa. Había allí unos papeles, pero no se atrevió a tocarlos. Además, por

lo que divisó a primera vista, no contenían nada importante.

Sin embargo, a la derecha del muerto, sobre la misma mesa, pudo ver una cuartilla en la que Compton había iniciado la escritura de algún mensaje o carta. Compton sólo había podido escribir cinco letras: *Mawbr...*

La letra siguiente a la erre era indescifrable, debido a que el trazo se había convertido en una raya irregular, hecha, sin duda, por la mano del muerto, tras recibir el balazo fatal. La pluma con que se habían escrito aquellas cinco letras yacía en el suelo.

Stacey presintió que podía tratarse de una pista importante y se guardó el papel en el bolsillo. De pronto, creyó oír un ruidito en los antedespachos.

Corrió hacia la puerta y se asomó. Al fondo divisó a un sujeto que se disponía a salir.

—Eh... —llamó.

El otro se volvió como un relámpago. Stacey divisó una pistola en su mano y se tiró al suelo con no menor rapidez.

El arma vomitó tres silenciosos fogonazos. Stacey sacó su pistola, pero no se atrevió a responder al fuego, temeroso del estruendo que podía organizar. Además, aprovechando la circunstancia, el sujeto escapaba ya.

Stacey no pudo ver en el hombre a quien presumía asesino de Compton ningún detalle relevante, salvo uno que se le quedó grabado en la mente de modo imborrable: unos zapatos de piel amarilla.

Prudente, no quiso asomarse a la puerta de la oficina. Prefería que el asesino escapase. No tenía ganas de acompañar a Compton en su último viaje.

Pero un hombre que con ropajes corrientes, pretendía pasar desapercibido, ¿por qué usaba unos estridentes zapatos de cuero amarillo?

Elegantes, sin duda, en según qué circunstancias o situaciones, aunque delatores en sumo grado.

Miró a ambos lados de la puerta y encontró huellas de las balas a poco más de un metro del suelo. Se había salvado de una buena; el asesino tiraba a la tripa. Maquinalmente, se frotó el estómago, como para deshacer el nudo que se le había formado allí al ver al asesino disparando a matar.

Al cabo de unos momentos, se decidió a salir. El asesino, era de suponer, se habría evaporado. Pero ya lo encontraría.

* * *

Elaine le dirigió una amistosa sonrisa al verle ante el umbral de la puerta de su casa.

—¿Puedo entrar? —consultó él.

—Claro. Veo que ahora vienes vestido de... detective.

Stacey se echó a reír.

—Estás equivocada, Elaine —dijo—. Fue antes cuando venía vestido de detective, aunque llevase el mono de la Compañía de Electricidad. Pero me imagino que estás vigilada y por eso me disfracé.

—Sí, comprendo. ¿Quieres una taza de café?

—Con mucho gusto.

Elaine preparó el café rápida y diestramente. Stacey estaba sentado en un diván. Desde su puesto veía la mesita del teléfono y, bajo ella, convenientemente instalado, el magnetófono que registraría todas las llamadas que recibiese la muchacha.

Mientras ella servía el café, dijo:

—Shardie, no te esperaba hoy de nuevo. ¿Es que sucede algo?

—Te lo diré cuando dejes la cafetera. No quiero que manches la alfombra.

Elaine lo hizo así y luego se sentó de golpe frente al joven, con las rodillas muy juntas y los ojos abiertos inquisitivamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Compton ha muerto.

Elaine dejó escapar un gemido.

—Asesinado —puntualizó él.

Las manos de la muchacha ocultaron sus bellos ojos.

—¿Quién? —preguntó.

—Un hombre con unos zapatos amarillos. ¿Lo has visto alguna vez?

—No... —Elaine meneó la cabeza, sin quitarse las manos de la cara—. ¿Por qué, Shardie? —gimió.

—Sospecho que Compton no era precisamente lo que se dice trigo limpio. Ya sé que te has llevado un enorme desengaño al saber que estaba casado, pero creo que ese desengaño será aún mayor cuando

sepas que Compton no se acercó a ti solo porque eres bonita.

Ella le miró sorprendida.

—¿Cómo eres capaz de decir eso? —exclamó.

—¿Quién conocía la existencia del diario de tu padre?

—No sé, no tengo la menor idea...

—¿Te habló Compton alguna vez del asunto?

Elaine abrió la boca, como para decir algo, pero, de repente, se quedó callada.

—¿Qué te ocurre? —sonrió Stacey—. ¿No te atreves a contestarme?

La muchacha se puso repentinamente en pie.

—Sí, ahora recuerdo —dijo, mientras se retorció las manos con evidente nerviosismo—. Ralph mencionó ese diario en un par de ocasiones, aunque de pasada y sin concederle demasiada importancia. Yo tampoco se la concedí ya que, además, cambió de tema casi en el acto.

—Empezaba a sonsacarte —aseguró Stacey.

—Creo que tienes razón, Shardie —admitió ella—. Pero no entiendo por qué...

Stacey se llevó la taza de café a los labios.

—Compton no trabajaba por cuenta propia, estoy seguro de ello —declaró—. Es decir, en un principio, no actuaba como he mencionado. Pero tal vez después, quiso independizarse de..., de quien fuera, para quedarse él solo con el botín, y eso le ha costado la vida.

—Es decir, era un subordinado de alguien.

—Lo fue y se independizó, repito.

—¿Quién? ¿Lo sabes?

Stacey lanzó una amarga risita.

—Preguntas demasiado —contestó—. Si lo supiera, el caso estaría resuelto y tú podrías dormir tranquila.

—Me parece mentira —murmuró Elaine—. Ayer mismo lo vi, hablé con él, estaba lleno de vida, con un magnífico humor...

—Y ahora ya no es más que un montoncito de carne inanimada, camino de convertirse en un puñado de ceniza —dijo Stacey filosóficamente, a la vez que se ponía en pie—. ¿Ha llamado alguien interesante?

—No —contestó la chica.

—Está bien. No te olvides poner en marcha el magnetófono cada

vez que recibas una llamada, sea de quien sea.

—Descuida, Shardie. ¿Adónde vas?

—A buscar un hombre al que le gusta mucho lucir unos zapatos de cuero amarillo —respondió Stacey, tajante.

CAPÍTULO III

Stacey recorrió unos cuantos lugares de la ciudad, en busca de la información que deseaba, sin obtener resultados positivos. Pasada la medianoche, regresó a su casa.

Apenas había abierto la puerta, sonó el teléfono.

Levantó el auricular y dio su nombre.

—Celebro que esté en casa, Stacey —dijo un hombre—. Le he llamado varias veces y no he recibido respuesta.

—Soy un individuo que necesita trabajar para vivir —contestó el joven—. Es una dura ley, de la que nadie puede evadirse.

—Sí, ya veo —dijo el otro con una risita—. Pero voy a darle un consejo: abandone ese trabajo. Me refiero al que le ha encomendado Elaine Cardbane.

—Eso mismo me dijeron esta mañana... Perdón, ayer por la mañana. ¿No le dieron mi respuesta?

—Vinieron un poco maltratados, es cierto, y me alegro, porque no supieron hacerlo como yo les había ordenado. Pero ahora le haré yo en persona la advertencia: deje el caso o morirá.

—¡Qué truculento! —rió Stacey—. ¿Me matará como a Compton?

Al otro lado de la línea sonó una interjección. Stacey adivinó así que su anónimo comunicante se sentía sorprendido al saber que él conocía la noticia del asesinato.

—No estoy para bromas —gruñó el desconocido—. Recuerde lo que le he dicho y atégase a las consecuencias, si no me hace caso.

Sonó un «click». Stacey comprendió que la comunicación se había cortado.

Lentamente, volvió el teléfono a la horquilla. Fue al armario de los licores y se sirvió dos dedos de *whisky*, que paladeó pensativamente, mientras reflexionaba.

Al cabo de unos minutos, creyó haber dado con la solución. Satisfecho y notablemente más tranquilo, empezó a desvestirse para disfrutar de un bien merecido sueño.

Al día siguiente almorzó en la cafetería donde días atrás había visto a la chica de Carleton. Charló unos minutos con su amigo Sam

Lunn, el abogado, y luego ambos salieron juntos, cada uno a su trabajo.

Una gran limosina negra se detuvo de pronto a pocos pasos de distancia. Iba ocupada por cuatro hombres, uno de los cuales se apeó en el acto, despidiéndose con grandes aspavientos del hombre que viajaba en el asiento posterior.

—Ahí tienes a Carleton —dijo Lunn, señalando al que se había quedado en el coche.

—Me interesa más el que se ha apeado. Su cara me parece conocida, Sam.

—Lo has visto alguna vez en los periódicos. Es Horatius Dudley, vicepresidente del Consejo Municipal, un personaje influyente en la ciudad.

—Sí, ahora recuerdo. Pero ¿cómo puede ir en compañía de un forajido como Carleton?

Lunn se encogió de hombros.

—Carleton es, oficialmente, un respetable hombre de negocios y Dudley puede proporcionarle algunos muy buenos, en su calidad de supervisor de Obras Públicas de la ciudad. No le otorgará las contratas directamente, pero bastará una insinuación suya para que los encargados de concederlas se las adjudiquen a Carleton, ¿comprendes?

—Eres de una claridad meridiana —sonrió Stacey—. No me extraña así que ganes tantos pleitos, Sam.

—Te sorprendería la cantidad de cosas que oigo a diario en los pasillos del Palacio de Justicia. Claro que son rumores y no se pueden probar, pero pocas dejan de ser verdades. Me entiendes, ¿no es así?

Stacey asintió. La limosina se había alejado ya, con los dos pétreos guardaespaldas cuidando de la integridad del hombre importante que era Carleton.

De pronto, se le ocurrió una idea.

El nombre de Carleton, ¿figuraba en el diario del padre de Elaine?

* * *

Stacey vigilaba desde hacía algunas horas. Empezaba a impacientarse.

¿Estaba perdiendo el tiempo?

De pronto, vio que se abría la puerta de la casa.

Un individuo salió a la calle y se dirigió hacia el coche estacionado junto a la acera. Fue a abrir la portezuela, pero, en el mismo momento, sintió que algo frío se le apoyaba en la nuca.

—Mi coche es mejor, Narizotas.

El hampón se estremeció.

—Stacey —dijo sordamente.

—El mismo que viste, calza... y está dispuesto a mandarte al otro barrio si no sigues puntualmente mis instrucciones. ¿Entendido, Narizotas?

Bidford tragó saliva.

—¿Qué... quiere de mí? —preguntó entre cortadamente.

—Éste no es sitio conveniente para hablar. Gira adelante y camina hacia mi coche. Está a cincuenta pasos, ya te indicaré cuál es.

Bidford obedeció sin rechistar. Momentos después, Stacey le señalaba su coche.

—Entra —ordenó.

El rufián se inclinó. En el mismo momento, algo le golpeó detrás de la oreja, dejándole sin conocimiento.

Cuando lo recobró, se encontró colgado de unas argollas, que le sujetaban por las muñecas. Torpemente, trató de centrar el foco de su visión y entonces pudo ver al detective sentado tranquilamente ante un gran brasero, en el que se calentaban unos largos hierros.

Stacey fumaba apaciblemente. Había una cafetera junto al brasero. Bidford pudo ver también otros instrumentos de tortura que le pusieron los pelos de punta.

—Hola —dijo Stacey, sin mirarle—. ¿Quieres un poco de café?

—Lo que quiero es salir de aquí —gruñó el hampón, al que le dolía horriblemente la cabeza—. Vamos, suéltame...

—Sin prisas, muchacho, sin prisas. —Stacey llenó un pocillo y empezó a saborear lentamente su contenido—. Tú y Mailer fuisteis a mi casa a darme un aviso. Lo recuerdas, ¿verdad?

Bidford calló. Stacey soltó una risita.

—Sí, lo recuerdas. Tienes la nariz todavía como un higo maduro —añadió—. Pero si te empeñas en callar, tu nariz va a tomar un aspecto mucho peor. Y no creas que voy a hacerme daño en los nudillos.

Con la mano izquierda sacó uno de los hierros. La extremidad estaba al rojo vivo.

—Puedo dejarte la cara completamente plana —dijo Stacey con fingida morbosidad—. Y mientras empleo uno de los hierros, se calientan los otros dos, ¿comprendes? Pero eso no es todo.

Dejó el pote en el suelo, se puso en pie y empuñó un látigo, cuya extremidad enseñó a su prisionero. Con ojos extraviados, Bidford contempló los tres ramales del látigo, finalizados en sendas bolas de metal, provistas de agudas puntas.

—Éste es otro método infalible para desatar lenguas torpes —siguió Stacey—. Y aún hay más cosas, pero creo que con esto tendré más que suficiente.

Bidford creía hallarse bajo el influjo de una horrible pesadilla.

—Oiga, usted no irá a... a... —tartamudeó, lívido de espanto.

—Sí, lo haré, mientras no te muestres dispuesto a cooperar. —Stacey se puso serio de repente—. Quiero saber quién es el que os envió a darme el aviso, eso es todo.

—Si... si hablo, me... me matará... —gimió el rufián, horrorizado ante la perspectiva que se le había planteado tan inesperadamente.

—Claro que sí, pero se limitará a pegarte cuatro tiros. En cambio, yo tardaré en liquidarte unos cuantos días. Eres un tipo resistente, puede que aguantes una semana...

—¡Basta! —chilló Bidford, despavorido—. Se llama Roy Eakin.

—¿Quién es Eakin?

—Dirige el Twenty Nine, eso es todo lo que puedo decirle.

Stacey entornó los ojos.

—He estado un par de veces en ese local —murmuró—. Pero hoy ya es tarde para ir a visitar a Eakin. Lo haré mañana.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Eh, ¿es que piensa dejarme aquí? —chilló Bidford.

Stacey se volvió y le dirigió una larga mirada.

—Hombre, no pensarás que voy a soltarte ahora, para que vayas con el cuento a tu jefe —contestó.

Bidford se quedó solo en el sótano. Empezó a jurar y lo hizo durante un buen rato, hasta que se quedó sin aliento.

A las diez de la noche del día siguiente, Stacey llamó a la muchacha.

—Ninguna llamada referente al caso —informó ella.

—Muy bien, sigue así y no te preocupes, Elaine.

—Esperaba verte hoy, Shardie.

—He tenido trabajo —dijo Stacey evasivamente.

Y cortó la comunicación, que había efectuado desde una cabina próxima al Twenty Nine Club, que era el nombre completo de la sala de fiestas que dirigía Roy Eakin.

Un gran número 29 campeaba en neón rojo sobre la entrada. El galoneado cancerbero se ocupaba de abrir las portezuelas de los coches que acudían a disfrutar del espectáculo que se ofrecía en el local.

Stacey entró con aire natural. Sí, el Twenty Nine era un sitio de lujo. Para entrar allí, era preciso tener la cartera bien repleta.

Se acercó al mostrador. Pidió un doble de escocés y contempló distraídamente a la concurrencia.

De pronto, vio a Polly Caytonee.

La rubia, escandalosamente maquillada y vestida con un traje que apenas si tenía tela de la cintura para arriba, se hallaba en compañía de Carleton. Había dos hombres más con la pareja, ambos muy serios. Guardaespaldas de Carleton, sin duda, pensó el detective.

Polly le vio a él y sonrió imperceptiblemente. El guiño de ojos que le hizo a continuación también fue muy rápido, dirigido a Stacey en exclusiva.

Stacey se preguntó por qué la rubia tenía tanto interés en él. Sería cosa de hacerle una visita, se dijo.

Al cabo de un rato se levantó. Ya se había orientado.

Momentos después, avanzaba a lo largo de un penumbroso corredor, finalizado en una recia puerta de paneles de madera. Llamó y uno de los paneles se abrió en el acto.

Unos ojos recelosos le escrutaron desde el hueco.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó el individuo con escasa amabilidad.

—Stacey. Objeto: hablar con su amo.

Más adentro sonó una explosiva interjección. Luego, Stacey oyó:

—Está bien, Louie.

La puerta se abrió. El fornido guardaespaldas que había allí le miró de reojo. Stacey no le hizo el menor caso.

—Quiero hablar con usted —manifestó—. A solas —puntualizó.

Eakin, delgado, de rostro afilado y ojos perspicaces, se negó desde el primer momento.

—Confío en Louie —dijo secamente.

—Muy bien, tanto da. Usted envió a Bidford y a Mailer para que me dieran un aviso.

Eakin escrutó en silencio a su visitante.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió tras una corta pausa.

Stacey sonrió.

—Tengo medios para averiguar lo que me interesa —respondió.

—Uno de los dos ha hablado, ¿verdad?

—Sí.

—Averiguaré quién ha sido. Lo pagará caro.

—Eso me deja frío, Eakin. Pero ¿sabe?, usted es también un tipo que obedece órdenes.

Eakin rió suavemente.

—Nadie me manda —dijo.

—Miente. Miente descaradamente —le apostrofó el detective.

La mano izquierda de Eakin se movió.

—Anda con él, Louie —ordenó.

Stacey se hallaba frente a la mesa. De pronto, agarró el sillón que tenía junto a sí y giró hacia su derecha, enfrentándose con el guardaespaldas.

Resultó una reacción totalmente inesperada para Louie, quien se estrelló contra el pesado mueble. Vaciló, perdido parcialmente el equilibrio, y entonces Stacey le empujó con el sillón, tirándolo al suelo.

Acto seguido, soltó el sillón, que cayó sobre Louie. El sujeto gritó de dolor.

De pronto, Stacey oyó una voz enérgica:

—¡Quieto o disparo!

CAPÍTULO VI

Stacey se volvió hacia la mesa. Eakin le apuntaba con un revólver.

—¿Disparará contra mí? —preguntó.

—La detonación no se oiría, téngalo por seguro. Y ya me encargaría yo de que su cadáver desapareciese sin que nadie lo encontrase jamás.

—Me pone los pelos de punta, Roy.

Stacey se acercó a la mesa, hasta rozarla con el cuerpo.

—Seguiré investigando —dijo firmemente—. Y ni usted ni nadie impedirán que llegue hasta el final.

—Ese final será el suyo —amenazó Eakin.

—¿Quién le ha mandado que consiga el diario de Cardbane?

Eakin lanzó una obscena maldición. De repente, Stacey agarró la mesa con ambas manos y la levantó con movimiento imprevisto.

Era un mueble de notable peso, pero se lo arrojó a su dueño sin grandes dificultades. Eakin cayó debajo de la mesa, chillando y pataleando frenéticamente.

Louie se incorporaba en aquel momento, todavía aturdido. Stacey le agarró por la pechera con una mano y disparó el puño derecho. Louie cayó fulminado.

Eakin consiguió salir a gatas de la mesa. Cuando se levantaba, Stacey lo derribó de un rodillazo, aunque sin demasiada violencia, lo justo para tirarlo nuevamente al suelo.

—Hablaremos en mejor ocasión —dijo, como despedida—. Y entonces terminaremos esta conversación con los resultados que deseo.

Eakin gemía sordamente, agarrándose la cara con ambas manos. Los golpes le habían dejado sin fuerzas para resistir.

Stacey abandonó el despacho.

Cuando llegó a la sala, vio que Carleton y sus acompañantes se disponían a dejar el local.

Carleton ayudaba a la rubia a ponerse una valiosa estola de armiño. Esta vez, Polly no se fijó en el detective, quien alcanzó la puerta antes que los otros.

Stacey salió a la calle y respiró a pleno pulmón. La entrevista no había resultado demasiado satisfactoria, pero abrigaba el proyecto de volver a conversar con Eakin.

Y no lo haría en el Twenty Nine, sino en su propio domicilio y a solas. Eakin le diría lo que deseaba saber.

Avanzó hacia su coche. De pronto, se dio cuenta que había otro detrás, ocupado por un individuo que contemplaba atentamente la puerta del local.

Stacey percibió el ruido del motor en marcha del segundo automóvil. Al mismo tiempo, vio algo blanco sobre las rodillas de su conductor.

Un instintivo sentimiento de alarma invadió su cerebro. ¿A quién aguardaba aquel sujeto?

Con aire intrascendente, caminó a lo largo de la acera, deteniéndose junto al coche sospechoso para encender un cigarrillo. Al mismo tiempo, con el rabillo del ojo, vio que Carleton salía con sus acompañantes.

Los guardaespaldas caminaban delante, protegiendo al individuo. Tras cruzar la puerta, oblicuaron para dirigirse hacia el coche.

Stacey continuaba en el mismo sitio. De pronto, oyó una maldición. El desconocido se apeó. En la mano izquierda tenía un periódico, pero la derecha estaba situada bajo sus hojas. Stacey adivinó la pistola oculta por el diario.

El hombre echó a correr. Sacó la pistola.

Stacey saltó tras él y le empujó, haciéndole perder el equilibrio. El individuo rodó por tierra, pero no soltó el arma. Sorprendido por el inesperado ataque, vaciló un momento.

Los guardaespaldas de Carleton captaron la escena. Cuando el sujeto se incorporaba, hicieron fuego contra él.

Stacey se tiró al suelo. Las balas chasqueaban contra el asfalto, pero eran más las que se hundían en el cuerpo del atacante.

El tiroteo cesó de pronto. Stacey se puso en pie.

Un cuerpo humano yacía sangrante sobre la acera. El joven apretó los labios. Él no había impedido un asesinato para permitir que se cometiera otro.

Los esbirros de Carleton parecían desconcertados. El tiroteo había provocado un estrépito más que regular. Se oían gritos y chillidos y la gente corría despavorida en todas direcciones.

De pronto, Carleton se acercó a Stacey en cuatro zancadas.
—Lo he visto todo —dijo—. Usted me ha salvado la vida.
El joven le miró impasible.
—Es cierto —admitió.
—¿Por qué, lo ha hecho?
—Empujé a ese desgraciado, para evitar que disparase la pistola.
Ojalá hubiera podido hacer lo mismo con sus guardaespaldas.
Carleton se quedó con la boca abierta.
—Oiga, no me gusta lo que ha dicho —gruñó.
—Está dicho —respondió Stacey sobriamente.
Giró sobre sus talones y se marchó. Regueros de color rojo corrían hacia el arroyo.
Un hombre había intentado matar a Carleton. Stacey se dijo si no había cometido un error al evitarlo.

* * *

El teléfono sonó cuando se disponía a abandonar la oficina. Mary, la secretaria, estaba de vacaciones. Puesto que, de momento, no pensaba admitir ningún otro caso, Stacey la había permitido que se marchase. El trabajo era mínimo y podía despacharlo él, si resultaba perentorio.

Levantó el auricular.

—Hola, buen mozo —sonó la acariciante voz de Polly Caytonee.

—¿Qué tal, Polly?

—Me debes una cita. ¿Lo recuerdas?

—¿Tienes permiso?

—¿Quién me lo ha de dar?

—Demasiado lo sabes, guapa.

—Puedo recibir en mi casa a quienquiera que me agrade, Shardie. Y tú me agradas mucho.

—Aduladora.

—Estoy diciendo la verdad, te lo aseguro. ¿Te espero hoy a las cinco?

Stacey vaciló un momento.

—De acuerdo, a las cinco —cedió finalmente.

—Sé puntual, Shardie —recomendó Polly al despedirse.

Stacey colgó el teléfono. Una entrevista con la rubia podía resultar,

en efecto, muy fructífera.

Además de placentera, por supuesto. Pero bien podía combinar el placer con el trabajo, sonrió para sí.

Y ya se disponía a salir, cuando llamaron a la puerta.

Abrió. Un hombre de mediana edad, elegante y pulcro, le miró sonriendo.

—¿Stacey?

—Sí, yo mismo.

—Me llamo Robles. Le traigo un mensaje de parte del señor Carleton.

—Ah, Carleton —murmuró el joven—. ¿Y bien?

—El señor Carleton estaba muy nervioso anoche, después de lo ocurrido, usted sabe bien a qué me refiero.

—Sí, desde luego.

—Por tanto, me ha encargado le presente sus disculpas y le ruega acuda a una entrevista en su residencia privada.

Stacey parpadeó, sorprendido.

Reflexionó.

—Lo siento —dijo—. Hoy no puedo.

—Pero...

—Es inútil, señor Robles. Mañana. Hoy, insisto, tengo el día muy ocupado. Dígaselo así al señor Carleton y anúnciele que iré mañana a la entrevista. A menos que quiera cancelarla.

—Si no le aviso en contrario, vaya mañana, a cualquier hora. El señor Carleton vive en Broxtonhurts Road, número seiscientos dieciséis.

—Enterado —respondió Stacey sobriamente.

Un nuevo motivo de preocupación, se dijo segundos más tarde.

¿Para qué diablos quería verle Carleton?

* * *

—La llamada de Carleton me preocupa —dijo una hora después, mientras tomaba la taza de café que le había servido Elaine.

—¿Sospechas de él? —preguntó la muchacha.

Stacey hizo un gesto ambiguo.

—¡Qué sé yo! Estoy pendiente de confirmar algunas cosas... Pero, sobre todo, hay algo que me parece fuera de toda duda, Elaine.

—¿Sí? ¿Qué es, Shardie?

—Alguien conoce la existencia del diario de tu padre. Ese cuaderno es dinamita pura. Si se publicase, media ciudad saltaría por los aires. Me refiero, naturalmente, a hombres de negocios, concejales, policías, y hasta algunas personas que pasan por honradas y otras que lo son y que, sin saberlo, pueden verse gravemente comprometidas. Ahora bien, el que conoce la existencia del diario debía de ser, forzosamente, un hombre que gozaba de la confianza de tu padre.

—Eso mismo he pensado yo, Shardie —convino la muchacha.

—¿Conoces algún nombre que se te haga sospechoso?

—Sí, uno, el que fue su secretario personal. Fred Robles.

—¡Robles! —exclamó él, vivamente sorprendido.

—¡Cómo! ¿Lo conoces tú?

—He hablado con él no hace una hora siquiera.

—Qué extraño —murmuró Elaine—. Hace mucho tiempo que no tenía noticias tuyas. ¿Cómo le has visto?

—Ha venido a mi casa. Ahora trabaja para Carleton, imagino que también como secretario personal. Y, por cierto, ya que mencionamos a Carleton, casi se podría decir que en la actualidad ocupa el puesto que un día tu padre tuvo en los negocios de la ciudad.

—Te acercas bastante a la realidad, Shardie. Pero el tiempo pasa y...

—No te preocupes —sonrió él—. Ah, una cosa que no he mencionado todavía.

Stacey tenía en la mano el papel hallado en la mesa de Compton y se lo enseñó a la muchacha.

—¿Qué te sugieren estas cinco letras? —preguntó.

Elaine contempló el papel durante unos segundos.

—De momento, nada —respondió al fin.

—Ya me lo suponía —suspiró él—. ¿Puedo pedirte un favor? Así me ahorrarás un trabajo, Elaine.

—Dime, Shardie.

—Busca un mapa de la ciudad y alrededores, lo más detallado posible. Trata de encontrar un punto geográfico, cuyo nombre empiece por esas cinco letras. ¿Entendido?

—Sí, lo haré —prometió la muchacha.

Stacey recobró el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Ten valor —se despidió con una cordial sonrisa.

Era la hora de almorzar cuando llegó al centro de la ciudad. Estacionó el coche en las inmediaciones de la cafetería a la que acudía habitualmente y entró en el local poco después.

Lunn estaba en la barra.

—Felicidades, héroe —dijo el abogado con buen humor.

—No me hables —gruñó Stacey—. Pasé un mal rato.

—Sí, hubo bastantes tiros. ¿Conocías al muerto?

—No tengo la menor idea de quién era, Sam.

Lunn le enseñó un periódico.

—Se llamaba Frank Pace y había sido empleado de Carleton. Éste lo despidió y Pace quiso matarle como venganza por una acción que estimaba injusta.

—De modo que Pace era empleado de Carleton.

—Sí, barman en el Twenty Nine.

Stacey abrió la boca, estupefacto.

—¿Seguro, Sam? —dijo.

—Lo pone el periódico, Shardie.

El joven tomó el diario y leyó rápidamente la reseña del suceso de la víspera. Los dos guardaespaldas ya habían sido puestos en libertad, mediante una fuerte fianza. Carleton declaraba que, si no era por resentimiento a causa del despido, no encontraba otros motivos en el comportamiento de su atacante. El despido de Pace había sido originado por su conducta infiel, al apoderarse de ciertas cantidades de la registradora.

—No sabía que el Twenty Nine perteneciese a Carleton —dijo al cabo.

Lunn soltó una risilla sardónica.

—Lo extraño es que no le pertenezca hasta el aire que respiramos —comentó burlonamente—. Bueno, adiós, se me hace tarde.

Stacey se quedó solo, releyendo nuevamente el periódico que le había dejado su amigo. De pronto, el barman le acercó el teléfono.

—Para usted, señor Stacey.

Stacey tomó el auricular y escuchó:

—«Zapatos Amarillos» se llama Bud Crowlech y vive en el ciento noventa y dos de la calle Cuarta.

La noticia procedía de un informador privado de Stacey, a quien le

había encomendado seguir la pista del asesino de Compton.

—Gracias, Johnny —dijo—. ¿Eso es todo?

—Sólo una cosa más, pero muy interesante. Crowlech es matón a sueldo. Tenga cuidado.

—Sí, Johnny.

Stacey colgó el teléfono. ¿Debía visitar ahora a Crowlech?

Por la noche, decidió finalmente. Y si la hora era avanzada, aún resultaría mejor. La sorpresa sería así más efectiva.

Por el momento, le interesaba acudir a la cita con Polly.

Era una entrevista que podía proporcionar resultados positivos.

CAPÍTULO VII

Entró en el ascensor, que le dejó en el ático del edificio. Salió al corredor, exclusivo de aquella planta, y llamó a la única puerta que se divisaba.

Alguien abrió por el mecanismo eléctrico.

—Pasa, Shardie —sonó la insinuante voz de Polly.

Stacey cruzó el umbral. Atravesó un pequeño recibidor y se encontró en una vasta sala, lujosamente amueblada, con salida, mediante una gran cristalera, a una terraza ajardinada de gran efecto visual.

Polly estaba lánguidamente tendida en un enorme diván de color rojo estridente, con algunas rayas amarillas y marrones. El peinador que llevaba puesto la rubia era de una transparencia casi total.

—Hola —dijo ella—. Sírrete de beber tú mismo, ¿quieres?

—Polly, tú parece conocerte muy bien, pero yo no te he visto nunca —manifestó él, mientras ponía un par de cubitos de hielo en un vaso alto.

La rubia lanzó una leve risita.

—Hace... digamos doce años, yo tenía otros tantos y tú diecinueve. He cambiado mucho desde entonces, incluso de apellido. Cuando, vivíamos en Carndale Flat, mi apellido era Robson.

Stacey iba a llevarse el vaso a los labios, pero suspendió el gesto.

—Polly Robson —dijo.

—La misma, Shardie. Siempre te llamaban así en el pueblo, verdad. Stacey silbó.

—La hija del viejo gruñón Abner Robson —murmuró.

—El pobre ya no gruñe a nadie. Murió hace años, Shardie.

—Lo siento, Polly.

—Cosas de la vida. Anda, ven, siéntate a mi lado —invitó ella.

Stacey obedeció. Bebió un trago y luego la miró desde dos palmos de distancia.

—No te he reconocido —dijo—. No te hubiera reconocido, ni aunque...

—Por favor, no sigas; imagino que vas a decirme algo sobre mi

pretendida belleza, pero he oído muchas cosas al respecto. Gracias por anticipado, Shardie.

—De nada, guapa. Oye, el apellido Caytonee...

—Proporcionado por un tipo que no supo apreciarme como debía.

—Polly se encogió de hombros—. Descanse en paz.

—Viuda, ¿eh?

—Agradablemente viuda —dijo ella riendo.

Stacey hizo un ademán circular.

—Esto cuesta mucho dinero, Polly —comentó.

—No importa, Shardie.

—Paga Carleton, ¿verdad?

—¿Te molesta?

—Tienes... Bueno, no quiero ofenderte diciendo tu edad verdadera y, además, no es un detalle de importancia. Pero ya eres mayorcita para saber lo que te haces, Polly.

Ella sonreía de un modo peculiar.

—Cosas de la vida —repitió—. Oye, anoche te portaste como un valiente.

—No tuvo importancia. Me di cuenta a tiempo, eso es todo.

—Salvaste la vida de Carleton.

—¿Lo lamentas?

—¿Lamentaría ver cegada la fuente de mis ingresos?

—Polly, eres guapa, pero también cínica. ¿Te molesta mi franqueza?

—No, tal vez me agrada. Pero la vida es así...

—Y no hay que darle vueltas. ¿Qué sabes de Frank Pace?

—Era un ladrón. Barnard lo despidió porque no le gustan las manipulaciones con sus cajas registradoras.

—¿Carleton o Eakin?

Ella se encogió de hombros.

—Tanto da —contestó con indiferencia—. Pero ¿por qué no hablamos de nosotros mismos?

—¿De qué hemos de hablar, Polly?

La rubia tomó su vaso, pero no bebió, limitándose a mirar al huésped por encima del borde.

—Shardie, ¿puedo dar un consejo? —consultó.

—Sí, claro.

—Estás metido en un mal asunto. Abandónalo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Stacey se puso en pie.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Sí. Ya hemos terminado, Polly.

—Oye, escucha...

—Por favor —cortó Stacey bruscamente—. Acabas de darme un consejo. No sé si obras por cuenta propia o por cuenta de otros. Pero no pienso seguirlo, en primer lugar; y en segundo, basta oírte hablar así para que deje de pensar en ti favorablemente.

Polly se puso en pie de un salto.

—Shardie, óyeme, aunque tú no lo creas, te aprecio. Por eso te he dado el consejo. No quiero que te ocurra nada, ¿comprendes?

—No me pasará nada, puedes estar segura.

Ella le miró fijamente.

—Vas a morir —anunció.

—¿Me matarás tú?

—No, pero lo he oído...

—¿A quién?

Polly se mordió los labios.

—Lo siento, ya he dicho bastante —contestó secamente—. Sólo puedo añadir una cosa: tienen fuerza, poder y dinero suficientes para barrer todos los obstáculos que se les pongan delante.

—Menos uno —dijo Stacey.

—¿Cuál, Shardie?

—Yo.

Stacey dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Idiota —le despidió ella, colérica.

Stacey no hizo caso del insulto. La entrevista, bien mirado, había dado bastante fruto.

Ahora ya sabía que estorbaba a Carleton. Y si era así, resultaba que Carleton tenía miedo de algo.

Por ejemplo, miedo de la publicación del diario de Cardbane.

* * *

El hombre llegó a su casa, abrió la puerta y cruzó el umbral. Apenas lo había hecho, una mano lo agarró por el cuello y lo arrojó violentamente contra un diván.

Crowlech rebotó y cayó al suelo. Bramando de furia, llevó la mano

al interior de su chaqueta, pero la puntera de un zapato le golpeó dolorosamente en la muñeca.

Los ojos de Crowlech se llenaron de lágrimas. Fue a ponerse en pie y, en el mismo instante, un puño le golpeó en la mandíbula.

Despertó minutos más tarde. Alguien le arrojó a la cara el contenido de un vaso. El agua acabó de espabilarlo.

—Hola —dijo Stacey.

Crowlech sacudió la cabeza.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me ataca? —preguntó.

Stacey enseñó la pistola con silenciador que había arrebatado a su dueño, mientras éste permanecía sin sentido.

—Esta pistola disparó un tiro contra Compton —dijo.

Crowlech se mordió los labios.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó. Ni siquiera intentó ocultar lo que para el desconocido visitante resultaba hartamente patente.

Con el cañón del arma, Stacey señaló los pies del matón.

—Sus zapatos —dijo—. Son demasiado estridentes.

Crowlech lanzó una maldición.

—Padezco de los pies —gruñó—. Esta piel es muy suave...

—Podía haber usado un color más discreto, ¿no?

—Eso no importa ahora —dijo Crowlech—. ¿Qué quiere de mí?

—El nombre de una persona.

Hubo un momento de silencio.

—No se lo diré —respondió al cabo el pistolero.

—¿Cuánto cobró por el asesinato de Compton?

—Secreto profesional.

—¿Le dieron algunos motivos por los cuales debía matarlo?

—No. Me pagaron y eso es todo.

—Pero vio al hombre que le contrató.

—No.

—En tal caso, ¿cómo se efectuó el... contrato?

—Por teléfono. Me dieron un nombre y una dirección. Yo pedí una cantidad y accedieron.

—Habla usted en plural, pero, obviamente, discutió el asunto con una sola persona.

—Es un lenguaje figurado —aclaró Crowlech.

—Habría que suponer que no hizo nada, hasta que recibió el dinero.

—Exacto. Yo siempre actúo así. Cobro por adelantado o no hay

trabajo hecho.

—Bien hecho, ordinariamente. Y caro, supongo.

Crowlech se encogió de hombros.

—Nunca fallo —dijo. Y añadió—: A usted le mataré gratuitamente.

Stacey rió. De pronto, apuntó con la pistola a su dueño.

—¿Qué tal si apretase el gatillo? —dijo.

—Usted no es como yo —contestó Crowlech fríamente—. Sólo amenaza, pero no es capaz de apretar el gatillo. En su lugar, yo ya habría disparado.

—Cierto —convino Stacey sin pestañear—. Sin embargo, hay formas de averiguar lo que se desea.

Apretó el gatillo y la bala arrancó un pedacito de carne de la oreja derecha del pistolero.

Crowlech gritó.

—Hay todavía bastantes balas, las suficientes para llenarle el cuerpo de agujeros, sin llegar a matarle —siguió Stacey—. Le dolerá y hablará.

—No sé el nombre; todo se hizo por teléfono...

—Excepto la entrega del dinero.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Stacey bajó la pistola y apretó el gatillo.

La bala rozó el muslo izquierdo de Crowlech, quien pegó un salto en el asiento.

—¡Me va a matar! —aulló.

—Todavía me quedan cinco o seis balas. Hable —exigió el joven, inflexible.

Crowlech pronunció un nombre, entre dos juramentos:

—Rock Mailer.

—¿Mailer? —repitió Stacey.

—Sí —confirmó el asesino malhumoradamente—. El creía que yo no le reconocería, pero...

—Es suficiente.

Stacey se puso en pie.

—Voy a llamar a la policía —anunció.

De súbito, actuando con furia inspirada por la desesperación, Crowlech se puso en pie y se arrojó contra Stacey. Sorprendido, el joven tardó un segundo en reaccionar y rodó por el suelo.

Perdió la pistola. Crowlech trató de recobrarla, pero Stacey, con un

movimiento instintivo, pateó el arma y la envió debajo del diván.

El asesino cargó de nuevo. Stacey le rechazó con un doble golpe de sus dos pies juntos, despidiéndole hasta el otro lado de la sala.

Pero Crowlech era un sujeto de notable robustez y se rehízo casi en el acto. Terco y enfurecido, cargó de nuevo contra su atacante. Durante algunos momentos los dos hombres se golpearon salvajemente con saña procurando cada uno colocar el golpe definitivo que dejase al otro fuera de combate.

Súbitamente Stacey alcanzó el mentón de su contrincante. El golpe resultó demoledor. Crowlech retrocedió como disparado por una catapulta y llegó hasta una de las ventanas que destrozó ruidosamente con su impulso.

Gritó cuando se dio cuenta de que salía a través del hueco. Stacey vio dos piernas que se agitaban frenéticamente durante un segundo; luego la figura del asesino desapareció a medida que su alarido de terror se alejaba a gran velocidad hacia el fondo de la calle.

El aullido se cortó bruscamente en un terrible chasquido. Volvió el silencio durante unos instantes.

Luego, en la calle, una mujer que estaba parada bajo un farol próximo, empezó a chillar histéricamente.

CAPÍTULO VIII

—Te invito a una excursión por el campo —dijo Stacey a la mañana siguiente.

Elaine se sintió muy sorprendida de la invitación, formulada telefónicamente.

—¿Qué mosca te ha picado, Shardie? —preguntó.

—Ninguna —rió él—. Hace un día estupendo, un tiempo formidable... ¿Te parece poco motivo?

—Tú me ocultas algo, pero no importa: acepto —dijo la muchacha—. Así como así, tengo ganas de salir un poco y respirar el aire puro.

—De acuerdo. Pasaré por tu casa dentro de treinta minutos.

—Estaré lista, Shardie.

Stacey dejó el teléfono sobre la horquilla y tomó la bolsa de cuero con los prismáticos que había adquirido previsoriamente. Iba a salir cuando sonó el timbre del teléfono.

Dudó un segundo y casi se sintió tentado de no contestar, pero, al fin, levantó el auricular y dio su nombre.

—Carleton —dijo el hombre que estaba al otro lado de la línea—. Le recuerdo su promesa, señor Stacey.

—¿Tan importante es para usted que vaya a visitarle?

—Para los dos.

—Muy bien. Antes de que se acabe el día, le honraré con mi presencia, señor Carleton —aseguró el joven, irónico.

Stacey ya no dijo más. Cinco minutos más tarde, arrancaba en su coche en busca de la muchacha.

Elaine le pareció guapísima con un sencillo vestido a cuadros blancos y amarillos de gran tamaño. Era una radiante visión, que armonizaba por completo con el resplandor de la mañana primaveral, casi en vísperas del verano.

—Me tienes intrigada —dijo ella, apenas se hubo sentado a su lado.

—¿Por qué? —preguntó Stacey sonriendo.

—Tú no me has invitado solamente por disfrutar del buen tiempo.

—No pienso seducirte..., aunque bien mirado, eres tú la seductora.

—Cuidado, Shardie, no empieces con halagos. Son la antesala de la seducción —dijo ella, riendo.

—Es la verdad, Elaine, y tú lo sabes bien. Pero, en el fondo, tienes razón. Hace un día magnífico, aunque no vamos al campo sólo por tomar el sol y respirar el aire puro.

—¿Cuáles son tus proyectos? —inquirió ella.

—Aguarda y verás.

Salieron de la ciudad. Un poco más tarde, Elaine le formuló una pregunta:

—Shardie, ¿crees tú que Fred Robles ha sido capaz de decirle a Carleton lo del diario de mi padre?

—Es una posibilidad, aunque no se puede asegurar nada todavía. Por cierto, ¿qué has averiguado acerca del nombre de las cinco letras?

—Lo siento, Shardie. Hasta ahora no he encontrado nada sobre el particular.

—Tu padre, creo yo, debía de tener una segunda residencia en el campo...

—La vendió cuando los asuntos empezaron a marcharle mal. Ahora sólo me queda la casa y la perderé dentro de poco, cuando caduque la hipoteca. Y, te diré una cosa, Shardie: he revuelto la casa de arriba abajo y no he encontrado ese diario.

Stacey hizo una mueca de disgusto.

—Un serio contratiempo —gruñó.

Media hora más tarde, se desvió por un camino lateral, que ascendía serpenteando suavemente por las laderas de unas colinas cubiertas de verdor. Al cabo de quince minutos más, detuvo el coche en una pequeña explanada cubierta de frondoso césped y bajo la sombra de unos copudos álamos.

Un arroyo corría por el centro del prado. A Elaine le encantó el lugar.

—Maravilloso —palmoteo, alborozada.

—Sobre todo, porque tiene una vista fantástica —dijo Stacey, mientras, con los prismáticos en la mano, se encaminaba hacia el borde opuesto del prado.

Desde allí se dominaba un extenso panorama, salpicado por construcciones aisladas, en las que sus propietarios buscaban la tranquilidad en las vacaciones y fines de semana. Stacey se situó prudentemente detrás de un álamo y, cuando ella quiso asomarse más, la retuvo por un brazo.

—No te dejes ver —aconsejó.

—¿Sucedo algo?

—He venido a espiar —confesó él.

Elaine creyó comprender. Guardó silencio, dándose cuenta de que Stacey había asestado los prismáticos hacia una lujosa residencia, situada a unos quinientos metros de distancia y a doscientos más abajo, respecto al nivel del prado.

—¿Quién vive ahí? —preguntó.

—Carleton.

—Oh —murmuró ella—. Creo que comprendo...

—Quiere que vaya a verle.

—¿Piensas acudir?

—Sí, claro, pero bajo mis propias condiciones.

Stacey hablaba sin dejar de otear la residencia de Carleton con los prismáticos.

—Un tipo caprichoso —dijo al cabo.

—¿Por qué lo dices?

—Tiene una pantera atada a una larga cadena. Estoy seguro de que por las noches la deja suelta en el jardín.

—Eso es peligroso —dijo Elaine—. De este modo, ni él mismo podrá salir al jardín.

—Quizá la ha amaestrado en persona y le obedece. De todas formas, me alegro de conocer la existencia de la pantera.

Stacey bajó los prismáticos y miró sonriendo a la muchacha.

—He traído una cesta con bocadillos y bebidas —dijo.

Ella sonrió complacidamente.

—Has tenido una magnífica idea —elogió—. En confianza, estoy muerta de hambre.

—Pero te racionaré la comida; no debes perder la línea —dijo él, malicioso.

—Shardie, coma lo que coma, no engordo nunca —rió la muchacha.

—Lo cual no deja de ser una suerte. Anda, vamos, yo también me siento hambriento.

Después de almorzar, Stacey, con un cigarrillo en los labios, se tendió en la hierba, con las manos bajo la nuca.

—Shardie —dijo Elaine de pronto.

—¿Sí?

—Quisiera... hacerte una pregunta.

—Adelante, no te ruborices; no hay nada inconfesable en mi pasado.

—No se refiere a tu pasado, sino a tu futuro.

—¿Mi futuro? —inquirió Stacey, intrigado.

—Eres investigador privado. ¿Piensas continuar con la profesión?

El joven abandonó su lánguida postura y se sentó en el suelo, para mirar a Elaine.

—Gano bastante dinero...

—¿Y crees que eso es todo?

—Mujer, yo... ¿Por qué diablos me haces esas preguntas?

—Oh, Shardie, no he olvidado jamás aquella noche en que me rescataste de mis secuestradores. Hubo tiros y... Bien, me imagino que el día en que te cases, tu esposa querrá tener seguridad en que te ve todas las noches, por lo menos, a la hora de la cena, sin quedarse con la incertidumbre de lo que te puede suceder. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Tú me sugieres que me busque otra profesión más sedentaria y menos arriesgada.

—Bueno, como acabas de decir, es sólo una sugerencia. La decisión, naturalmente, te corresponde a ti mismo.

—No debieras haberme dicho nada —gruñó él—. Me has puesto en un compromiso, Elaine. Jamás se me había ocurrido pensar en cambiar de profesión y ahora tendré que hacerlo.

—Si eres soltero y careces de responsabilidades familiares, ¿por qué cambiar? Así estás bien, creo.

—Ya —dijo Stacey, repentinamente serio—. Anda, vamos, hemos de regresar a la ciudad; tengo que alistar algunas cosas, a fin de estar convenientemente preparado para la visita a Carleton.

Elaine se puso en pie. Miró a Stacey y sonrió.

—Haz cuenta de que no te he dicho nada —rogó—. Sobre tu futuro, claro.

—Ya lo he olvidado —rezongó él.

Pero mentía; las palabras de Elaine habían introducido en su mente

un elemento de incertidumbre, que le había hecho sentirse repentinamente preocupado.

Elaine tenía razón: no podía seguir siempre en el oficio. Un día tendría que buscarse otra profesión más tranquila..., aunque de momento era mejor no seguir pensando en el asunto.

* * *

El pollo, entero, voló por los aires, rebasó el borde de la tapia y cayó al otro lado. Otro pollo le siguió segundos más tarde.

Stacey aguardó unos minutos. De pronto, oyó ruido de huesos triturados.

Sonrió en las sombras. La pantera había picado.

Dejó pasar cinco minutos más. Luego saltó hacia arriba, se agarró al borde de la tapia y se izó a pulso.

Con la linterna, exploró las inmediaciones de la tapia. Sí, allí estaba el felino, visiblemente afectado por el narcótico contenido en los pollos, aunque no dormido por completo.

Stacey había ido preparado para semejante eventualidad. Sacó una pistola especial que había llevado consigo y apuntó a la fiera, alumbrándose con la linterna. El dardo narcótico se hincó en el flanco izquierdo de la pantera.

Un minuto después, el felino estaba profundamente dormido. Stacey, seguro, se descolgó hasta el suelo del jardín y corrió agachado hasta la casa.

Había una ventana iluminada en la planta baja. Miró por encima del antepecho. Pertenecía a un cuarto de trabajo, tras cuya mesa se encontraba el dueño de la residencia, anotando algo en un libro.

Fred Robles tenía otro en la mano y dictaba a su jefe, quien hacía las anotaciones de puño y letra propios. Stacey aguardó.

Robles se marchó minutos más tarde. Entonces, Stacey, sin hacer ruido, alzó el bastidor y se coló en el despacho.

Carleton estaba al otro lado, junto a una consola, con un frasco de vidrio tallado en la mano.

—Sirva dos —pidió el joven.

Carleton se volvió vivamente.

—¡Usted! —exclamó.

—Aquí me tiene —sonrió Stacey—. ¿No quería verme?

—Pensé que ya no acudiría —declaró Carleton—. ¿Quién le ha abierto? Nadie le ha anunciado...

—No he entrado por la puerta.

—¡Imposible! Si lo hubiera hecho así, ya estaría muerto.

—La pantera está dormida.

Carleton guardó silencio un instante. Luego dijo:

—Hombre astuto.

—Sí. ¿Qué hay de la copa?

—Perdón, lo había olvidado.

Carleton llenó las dos copas y entregó una a su visitante.

—¿Le ha informado alguien de la existencia de «Ashrad»? —inquirió.

—Tiene usted una residencia magnífica, con el defecto de hallarse al pie de una serie de colinas, que permiten verlo todo —contestó Stacey.

—Así pues, me ha vigilado —adivinó Carleton.

—Lo creí prudente.

—Sigo pensando en que es usted un hombre astuto. Lo que significa que no es tonto y que aceptará cien mil dólares. Bajo ciertas condiciones, claro.

—¿Cuáles son esas condiciones?

—Encontrar y entregarme, por supuesto, el diario de Cardbane.

CAPÍTULO IX

Stacey despachó su copa y la dejó sobre la consola.

—Parece que ese diario es muy importante para usted —dijo.

—Sí —admitió Carleton, impasible.

—Y me pagará cien mil dólares por buscarlo y entregárselo.

—Exactamente.

—¿No ha encargado a otros que lo hagan?

—Sí, pero han fracasado.

—¿Cómo sabe que yo no fracasaré también?

—Correré el riesgo. Pero he podido darme cuenta de que es mucho más inteligente que los otros. Conseguirá lo que deseo.

Stacey reflexionó unos instantes.

—Realmente, es una oferta muy atractiva —dijo al cabo.

—No es probable que en su vida vuelvan a hacerle otra similar —manifestó el dueño de la casa.

—Sí, eso creo yo. Pero no acepto el trato.

Carleton arqueó las cejas.

—¿No se fía de mí? —preguntó.

—En el momento en que le entregue el diario, usted ordenará que me peguen dos tiros. Y, casi seguro, hará que me entierren en su propio jardín.

—Le aseguro que...

—No asegure nada. Admito que es sincero al dedique me dará cien mil dólares. Incluso los tendrá preparados para cuando yo le entregue el diario. Pero luego hará que saquen el dinero de mis bolsillos y yo no podré protestar porque ya estaré muerto. Simplemente, no querrá correr el riesgo de que yo haya leído ese diario. O que haya tomado copias fotográficas de todas sus páginas. ¿Lo entiende ahora?

El rostro de Carleton se deformó a impulsos de una rabia súbita.

—En ese caso, adelantaré el momento de su defunción —dijo.

Y sacó una pistola del bolsillo de su bata.

—Oiga, no irá a disparar aquí...

Carleton sonrió despreciativamente.

—Mancharía de sangre el suelo del despacho —contestó.

Sin dejar de vigilar al visitante, se acercó a la mesa y tocó un timbre.

—Ya lo harán otros en mi lugar y, como usted ha dicho hace unos segundos, el jardín es un buen sitio para enterrar a una persona —añadió.

—Ese revólver no me asusta, Carleton —dijo el joven—. Está descargado.

Carleton picó y bajó la vista un instante, el tiempo suficiente para que el joven le arrojase una silla al pecho, con tremendo ímpetu. Carleton gritó y cayó hacia atrás, en el mismo momento en que se abría la puerta de la estancia.

Stacey no se lo pensó dos veces y se lanzó hacia la ventana. Carleton emitió un tremendo bramido:

—¡Apodérense de él! ¡No le dejen escapar!

Los dos hombres que habían acudido a la llamada vacilaron. El dueño de la casa adivinó el motivo de sus temores.

—«Ashrad» está dormida —chilló—. El la ha narcotizado...

Bidford y Mailer comprendieron en el acto y corrieron hacia la ventana. Mientras, Stacey trataba de ganar la tapia.

Cuando ya estaba a punto de conseguirlo, reparó en un detalle. Había una luna radiante. Le verían en el momento de situarse a caballo sobre la tapia. Sería el momento más crítico para él. Los pistoleros le acribillarían a placer.

Ya oía sus voces cada vez más próximas:

—¡Por allí, tú!

—¡Vamos, no puede escapar!

Entonces, Stacey reparó en la pantera, que seguía dormida.

Sonrió un instante. El animal pesaba más de sesenta kilos, pero, a fin de cuentas, era un peso muerto. Despierto, el felino poseía la fuerza que le conferirían su poderosa musculatura y su innata ferocidad. Pero ahora era una cosa completamente inmóvil.

Stacey se escondió tras un árbol. Durante unos segundos, sujetó en brazos el cuerpo de la fiera.

De pronto, divisó a los pistoleros.

Un sonoro rugido brotó de sus labios. La pantera voló por los aires y cayó sobre Mailer, que lanzó un chillido de pánico.

Bidford se aterró y creyó que el animal estaba despierto. El pavor

que sentía le hizo retroceder, mientras disparaba su pistola frenéticamente.

Mailer se incorporaba en aquel momento y recibió una bala en el cuello. Un inhumano gorgoteo brotó de sus labios, a la vez que se agarraba la garganta con una mano. Bidford oyó el sonido, pensó que la pantera había empezado a devorar a su compinche y escapó hacia la casa, dándose con los talones en las posaderas, mientras lazaba inarticulados gritos de terror.

Tranquilo ya, Stacey ganó la tapia y pasó al otro lado. Luego, sin el menor temor, emprendió la retirada.

* * *

Faltaban ya solamente veinticuatro horas para que finalizase el plazo que el anónimo comunicante había concedido a Elaine.

Era preciso actuar con la máxima urgencia, aunque Stacey tenía sus propios planes para el caso de que concluyera el plazo y no hubiera podido dar todavía con la solución deseada.

Regresó a la ciudad, pero no fue a su casa a acostarse. Antes quería hablar con cierta persona, con la que ya había sostenido una conversación, que no estimaba completa.

Roy Eakin llegó a su departamento pasadas las tres de la madrugada. Encendió la luz y se encontró frente a un individuo que le apuntaba con una pistola.

—Entre, entre —invitó Stacey—, con la sonrisa en los labios.

Eakin apretó los labios. Cerró la puerta y miró hostilmente al que consideraba un intruso.

—¿Quién le ha abierto? —preguntó.

—Su puerta tiene una cerradura muy endeble —sonrió Stacey.

Eakin cruzó la estancia y se acercó al teléfono.

—Voy a llamar a la Policía —anunció.

—Muy bien. Será interesante ver qué dice usted cuando yo le acuse de haber ordenado mi asesinato.

Eakin había levantado el teléfono, pero lo devolvió a su sitio.

—¿Qué está diciendo? —preguntó, encrespado.

Stacey rió fuertemente.

—Se ha puesto pálido —dijo—. Es porque sabe que he dicho la verdad.

—No es cierto...

—Me lo dijo Crowlech antes de morir. Usted le contrató por teléfono, pero Crowlech exigió el pago por adelantado. Mailer le entregó el dinero.

—Posee usted una fantasía desbordante —dijo Eakin, pero su acento carecía de seguridad.

—Gracias por el elogio, aunque en este caso no hay nada de fantasía. Todo lo que he dicho es rigurosamente cierto y usted lo sabe.

—Y bien, ¿qué puede conseguir con ello? No tiene pruebas...

—Tengo a Mailer en mi poder —mintió Stacey.

Eakin calló un instante.

—Estoy seguro de que Narizotas ya le dijo lo que pasó en mi casa, ¿verdad? —sonrió Stacey—. Mailer firmará una confesión y... ¿Se imagina lo que le pasará después?

—Esa confesión no será admitida por un tribunal —gruñó Eakin.

—Es muy probable, aunque de momento usted no lo pasará muy bien. Tendrá que gastarse un montón de dinero en abogados y... ¿Cómo le van los negocios?

—Tengo un sueldo magnífico y un porcentaje sobre los ingresos del Twenty Nine —declaró Eakin orgullosamente.

—Pero quiere algo más: un diario y un millón de dólares.

Hubo un espacio de silencio. Luego, Eakin, evidentemente nervioso, dijo:

—Stacey, vamos a ver si nos entendemos...

El joven se puso en pie.

—No nos entenderemos —cortó con frialdad—. He oído suficiente, Eakin. Sí, lo suficiente para advertirle de que, si Elaine Cardbane sufre el menor daño, le llevaré a mi casa de campo y le torturaré durante semanas enteras. Ya está advertido; no lo olvide.

Stacey se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir se volvió hacia el inmóvil dueño de la casa.

—Ah, no es cierto que tenga a Mailer en mi poder. Creo que ese idiota de Narizotas le ha pegado un tiro —dijo sonriente—. Mañana, es decir, luego, puede preguntarle cómo ha pasado la cosa. Eakin lanzó una interjección de rabia.

Pero era todo lo que podía hacer. Y las imprecaciones, reconoció al quedarse solo, no solucionaban ninguno de los problemas que la

intempestiva actuación del detective le había planteado.

* * *

—Sam, tú me dijiste en cierta ocasión que oías muchas cosas en los pasillos del palacio de Justicia.

Lunn miró sorprendido a su amigo.

—¿Adónde vas a parar? —preguntó.

Stacey sonrió, a la vez que le daba una palmada en la espalda.

—Anda, pide lo que quieras —dijo—. Invito yo.

—Una ganga de éstas no cae todos los días —rió el abogado—. Aquí se almuerza estupendamente, pero resulta un poco caro.

—Pagará el cliente, no te preocupes.

Encargaron el almuerzo. Mientras se lo servían, Stacey habló:

—Necesito que me digas algo de Fred Robles, Sam.

Lunn arqueó las cejas.

—Era el secretario personal de Cardbane —contesto.

—Y ahora lo es de Carleton.

—Yo diría más bien que es su abogado, Shardie.

—Lo cual significa que está enterado de sus asuntos personales.

—Hombre, qué cosas tienes. Robles debe de saber muchas cosas de Carleton, por supuesto. Pero yo no sé más que lo que se dice por ahí.

—¿Tiene Robles bufete abierto?

—Sólo se ocupa de los asuntos de Carleton, Shardie.

—Deben de ser muy importantes, cuando ese tipo necesita un abogado para él solo.

—Imagínate.

Stacey reflexionó unos momentos. Antes de que pudiera decir nada, vio entrar a Polly en el local.

La rubia le miró y le hizo un guiño disimulado. Stacey señaló su plato con el índice, como diciendo que iría después de terminado el almuerzo.

Ella asintió y fue a sentarse en un rincón. Stacey insistió en el tema:

—Sam, de todas formas, imagino que Robles debe de tener algún despacho.

—Hombre, sí, pero no conozco la dirección. ¿Por qué no buscas en la guía telefónica?

—Es una buena idea —convino Stacey con voz neutra.

Durante el resto del almuerzo, que hizo con deliberada lentitud, charló de temas indiferentes. Al concluir, abonó la nota y se despidió de su amigo.

Se acercó a Polly. La rubia hervía de impaciencia.

—Creí que no vendrías nunca —dijo.

—Necesitaba alimentarme —contestó él.

—Eres un... Bueno, no quiero ponerme más nerviosa de lo que ya estoy.

—A punto de estallar, ¿no? —rió Stacey.

Polly se inclinó hacia adelante.

—Shardie, tú te lo tomas a broma, pero yo te aseguro que es algo muy serio —dijo atropelladamente—. Abandona, te lo ruego. Por lo que más quieras, deja este asunto.

Stacey la miró fijamente. Ahora no sonreía.

—Me estás pidiendo algo, sin darme razones que lo justifiquen —manifestó—. Explícate, te lo ruego.

—Te he apreciado desde que era una niña. No quisiera que te sucediera nada malo, eso es todo.

—Y yo me acuerdo de aquella dulce chica de las trenzas de oro, que se ha convertido ahora en algo nada agradable, sólo por avaricia de dinero —contestó él con voz dura—. Comprendo que no te guste aquella vida y que quieras algo más, pero me parece que ñas elegido mal el camino.

—Shardie, yo...

—Polly, hablemos claro de una vez. ¿También tú quieres meter las manos en un inexistente millón de dólares?

Ella se sofocó vivamente, a la vez que su pecho opulento se movía en violentos vaivenes.

—Ese millón está... —Y, de pronto, se interrumpió, como dándose cuenta de que había estado a punto de cometer una imprudencia.

Stacey calló. Polly apretó los labios.

De pronto, agarró su bolso y se puso en pie.

—Eso es todo —se despidió con brusquedad—. Adiós... y buena suerte, Shardie.

Stacey se quedó en el mismo sitio, rascándose la mejilla con el pulgar, en un inequívoco gesto de perplejidad.

¿Era cierto que, además del diario, había un millón de dólares en

alguna parte?

CAPÍTULO X

Fred Robles alzó los ojos cuando su secretaria le anunció el nombre de un visitante. Vaciló un momento, pero al fin accedió a recibir al hombre que deseaba hablar con él.

—Está bien, hágale pasar.

—Sí, señor.

Stacey entró en el despacho, segundos más tarde.

—Señor Robles —saludó, cortés.

—Tenga la bondad de sentarse, señor Stacey —dijo el abogado, no menos educadamente—. ¿Puedo serle útil en algo?

—A eso he venido, a que me sea útil.

Stacey hizo deliberadamente una pausa de silencio, mientras estudiaba a su oponente. Robles era un hombre atractivo, lindando en la cuarentena, esbelto y de sienes plateadas, que le hacían aún más interesante para las mujeres.

—Usted dirá —habló Robles.

—El asunto que me trae aquí se refiere a los tiempos en que usted era el secretario privado de Cardbane.

—Sí, lo fui bastantes años. Pero lo dejé antes de su muerte.

—¿Sería indiscreto preguntarle los motivos?

—Además de su secretario, era asesor legal. No quiso hacerme caso sobre ciertas inversiones bursátiles y, no queriendo responsabilizarme de lo que estimaba iba a acabar en catástrofe, dejé el empleo.

—Pasando a trabajar, acto seguido, para el principal competidor de Cardbane.

—El señor Carleton juzgó interesante contratarme. Es un acto mutuo que ha proporcionado grandes beneficios a ambos.

—No lo dudo, y he de estimar infinito la amabilidad con que responde a mis preguntas. ¿Puedo hacerle otra más, señor Robles?

—Estoy por completo a su disposición.

—¿Qué sabe usted del diario personal de Cardbane?

—Tengo noticias de que llevaba un diario, en efecto, pero era algo estrictamente íntimo. Ni siquiera llegué a verlo.

—Extraño —comentó Stacey—. Un secretario personal...

—Hasta cierto punto —dijo Robles—. Había cosas que sólo él realizaba, sin ayuda ajena.

—Sí, comprendo. Tengo entendido que Cardbane murió arruinado.

—Por completo, señor Stacey.

—Lastimoso —suspiró el joven—. ¿Sabe usted si escondió dinero en alguna parte, antes de su muerte?

Robles no pudo contener un respingo. Stacey captó el gesto y sonrió para sí.

«Pues sí, va a resultar cierto que el millón está escondido en alguna parte», pensó.

—No —contestó Robles, tras una ligerísima pausa—. Ya le he dicho que murió arruinado por completo.

—Gracias, señor Robles. A propósito, ignoro las causas de la muerte de Cardbane...

—Infarto de miocardio.

—Deplorable. Mil gracias por su amabilidad, señor Robles.

—Ha sido un placer, señor Stacey.

El tono de la voz de Robles era muy distinto a lo que expresaban sus palabras. Pero Stacey fingió no haberlo advertido.

—Un hombre terriblemente astuto —murmuró, mientras el ascensor le llevaba al piso bajo del edificio—. Mucho más astuto que Carleton, que ya es decir.

Una vez fuera de la casa, buscó una cabina telefónica.

Elaine contestó casi en el acto a su llamada.

—¿Quién es? —preguntó ansiosamente.

—Yo, no temas —rió el joven—. ¿Ha llamado el tipo?

—Todavía no...

—Llamará hoy. Procura mostrarte tranquila. Habla lentamente, incluso haciéndole repetir algunas de sus frases, con el pretexto de aprenderte sus instrucciones de memoria. Dile que ya tienes el dinero y el diario. El dirá la forma de entregarle todo, ¿comprendes?

—Sí, Shardie; pero, tú...

—No te preocupes por mí y sigue en casa. Hasta luego.

Stacey abandonó la cabina y buscó un lugar adecuado para vigilar el edificio donde Robles tenía su despacho.

El abogado salió inedia hora más tarde. Stacey lo siguió sin ser

advertido.

Robles se detuvo veinte minutos más tarde ante una casa que Stacey conocía bastante bien. El joven encontró casi lógico que Robles fuese a entrevistarse con Polly Caytonee.

* * *

Anohecía ya cuando Stacey llamó a la puerta de la casa de Elaine. La muchacha en persona corrió a abrirle.

—Ya he hablado con «él» —dijo, muy excitada.

—Magnífico. Vamos a oír la cinta.

Stacey entró y se agachó para quitar el magnetófono del lugar donde lo había colocado días antes. Hizo retroceder la cinta y, tras unos tanteos, la colocó en el punto en donde Elaine había iniciado la conversación con el chantajista:

—¿Señorita Cardbane?

—Sí, yo misma. ¿Con quién hablo?

—El nombre no importa. Soy el mismo que la ha llamado ya varias veces, usted conoce de sobra el asunto.

—Ah, se refiere al diario de mi padre y a un millón de dólares.

—Sí, en efecto. ¿Lo tiene todo preparado?

—Un momento. Antes de seguir adelante, dígame, ¿qué garantías puedo tener yo de que me dejará en paz?

Sonó una turbia risita.

—Ese millón de dólares es lo único que le queda. Salvará la vida, que vale bastante más, lo que significa que yo no la molestaré más, porque si se queda sin dinero, usted ya no me interesa en absoluto.

—Entiendo —sonó la voz de Elaine—. ¿Qué más?

—Estoy persuadido de que no ha avisado a la policía ni a nadie más

—dijo el chantajista.

—Así ha sido.

—Bien, entonces, tome nota: extremo occidental de Wardfall Park, en el seto que hay al pie de dos palmeras juntas que forman una v mayúscula. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Repita las instrucciones; no quiero luego errores que, sobre todo, redundarían en su propio perjuicio.

La voz de Elaine se dejó oír, repitiendo puntualmente los datos

facilitados por el chantajista.

—Muy bien —dijo éste cuando Elaine hubo terminado de hablar—, lleve el maletín al lugar señalado antes de las doce de la noche. Y, una cosa: no intente engañarme o no vivirá veinticuatro horas más.

—Seré sincera —prometió la muchacha.

Sonó un leve chasquido. Stacey paró la grabadora.

—¿Qué te parece? —preguntó ella.

—Lo has hecho muy bien —aprobó Stacey—. Pero lo sorprendente es que, en efecto, el millón es una realidad, aunque, de momento, no sepamos dónde está.

—A mí no se me ocurre la menor idea al respecto, Shardie. ¿Qué piensas hacer ahora?

Stacey hizo un gesto con la mano. Dio marcha atrás a la cinta y repitió la grabación, deteniéndose especialmente para escuchar ciertos pasajes de las frases pronunciadas por el chantajista.

Al cabo de un rato, dijo:

—Creo que tengo una pista —dijo—. Evidentemente, aunque la voz está disfrazada, hay algo que no ha conseguido disimular, a pesar de todos sus esfuerzos. Es un hombre de porte educado, que habla siempre mesuradamente, sin alterar el tono casi nunca, con un ritmo muy igual en la pronunciación de sílabas y palabras, ¿comprendes?

—Sí, Shardie —contestó Elaine—. ¿Sabes quién es?

Stacey sonrió sibilinamente.

—Mañana podré confirmar mis sospechas —dijo.

—Pero ¿quién...?

—No seas impaciente; ya lo sabrás a su debido tiempo. Ahora vamos a preparar todo para la entrega del millón y del diario.

—Shardie, yo no tengo ni lo uno ni lo otro —protestó la muchacha.

—Ya lo tendrás —dijo él, con acento pleno de convicción.

—Sospecho que piensas tender una trampa al chantajista.

—Algo de eso hay, aunque, de momento, casi me interesa más buscar un sitio donde esconderte, para librarte de su furia cuando se de cuenta del engaño.

Stacey se puso en pie.

—Vendré mañana antes de que anochezca —se despidió.

Stacey trabajó activamente durante todo el día siguiente. Al atardecer, un individuo, que conducía una furgoneta comercial, se detuvo ante la casa de la muchacha.

La furgoneta lucía en los costados el título de una casa de reparaciones de aparatos eléctricos, incluyendo televisores. El conductor vestía un mono, en cuya espalda se leía un rótulo parecido, aunque más breve.

En la mano derecha llevaba el maletín de las herramientas, de bastante buen tamaño. Llamó a la puerta y esperó.

Precavida, Elaine oteó a través de la mirilla. Al no reconocer a su visitante, se sintió recelosa.

—No necesito ninguna reparación —dijo.

—Soy yo, Elaine —manifestó Stacey a media voz—. Me he disfrazado así, porque seguramente debe de haber alguien por las inmediaciones, vigilando tu casa.

—Oh —dijo ella, sorprendida.

Y abrió.

—Pórtate conmigo, como si de veras fuese un mecánico —advirtió Stacey en voz baja.

Elaine hizo un gesto de inteligencia. Luego cerró la puerta y contempló al joven.

—Estás desconocido —manifestó, vivamente sorprendida.

Stacey se acarició el falso bigote que adornaba su labio superior. Asimismo se había puesto unas gafas de gruesa montura, todo lo cual cambiaba su aspecto por completo.

—Era lo mejor —dijo—. Escucha, ahora subiré al tejado y echaré un vistazo a la antena de televisión. Hay que seguir desempeñando la comedia, ¿comprendes?

—Desde luego.

Stacey abrió la caja de las herramientas. Dentro había un maletín de regulares dimensiones, bastante grueso.

—Esto es lo que tienes que dejar en el lugar indicado —señaló.

—¿Cuándo, Shardie?

—Oh, ve hacia las once de la noche. Él te dijo que fueses antes de medianoche, de modo que ésa es una buena hora.

—Comprendo. ¿Sólo he de dejar el maletín?

—Nada más. Déjalo donde te indicó el tipo y márchate. A escape, en cuanto hayas salido del parque.

—De acuerdo. ¿Dónde estarás tú?

—Vigilando, para que no te suceda nada. Repito que no debes preocuparte.

—Confío en ti —sonrió la muchacha.

—Gracias.

Stacey trepó al tejado, examinó la antena durante unos minutos, dio un golpe de alicates aquí y allá, usó la llave inglesa en un par de tuercas y luego descendió al interior de la casa.

—Ya está —anunció al terminar—. Así sabrán que de veras tu antena necesitaba una reparación.

Acto seguido, se dirigió hacia la puerta. En el momento de salir, se volvió hacia la chica.

—¿Recuerdas ya adónde tienes que ir una vez hayas entregado la maleta? —preguntó.

—Sí, Shardie.

—Ve allí y no te preocupes de nada más —indicó él con amplia sonrisa.

Elaine quedó sola. Durante unos momentos, contempló el maletín que yacía a sus pies. Luego, con gesto preocupado, subió a su habitación y empezó a arreglarse.

A las diez y media, salió de su casa y subió al coche. Dio el contacto y arrancó.

Veinte minutos más tarde, dejaba el maletín en el punto ordenado por el chantajista. Giró sobre sus talones y se alejó con paso vivo, sin volver la cabeza atrás ni una sola vez.

* * *

Cinco minutos más tarde, un hombre surgió de la oscuridad, se acercó a las palmeras y agarró el asa del maletín, con el que escapó a buen paso de aquel lugar.

A quinientos metros, fuera del parque, estaba parado un automóvil. El individuo abrió la portezuela del lado derecho y la mujer que estaba tras el volante arrancó en el acto.

—Lo has conseguido —dijo Polly triunfalmente.

—Sí, nena —contestó Robles, sonriendo satisfecho.

—Fred, nunca he visto un millón de dólares.

—¿No puedes tener un poco de paciencia, hermosa?

—Lo que tengo son los nervios de punta. Estoy que echo chispas, aunque no de mal humor, por supuesto.

Robles lanzó una alegre carcajada.

—No temas, hermosa —dijo—. Ah, y además del millón, tenemos otra cosa que puede proporcionarnos todavía mucho más dinero.

—El diario.

—Exactamente, nena.

—Oye, se me ha ocurrido una idea...

—¿Sí?

—Mira, ahora tenemos un millón. Lo del diario puede esperar una temporada. ¿Por qué no nos largamos a Europa y pasamos allí, pongamos un año? Podríamos divertirnos, disfrutar de ese millón... y luego, al volver, ya veríamos de sacarle el jugo al diario. ¿Qué opinas, Fred?

—No está mal. Me dejarás pensarlo, ¿verdad?

—Con tal de que digas sí... —rió Polly.

Minutos más tarde, llegaban a casa del abogado. Polly ardía en deseos de contemplar el contenido del maletín.

—Tengo ganas de un trago —dijo Robles.

—Que sean dos —pidió ella.

Robles llenó las copas y le entregó una. Luego, el abogado soltó las presillas del maletín y levantó la tapa.

Un prolongado aullido, semejante al de la sirena de una ambulancia que corriese a toda velocidad hacia el hospital, brotó en el acto del maletín, junto con un muñeco de muelle, que golpeó a Robles en la cara.

Polly dio un salto atrás, mientras Robles blasfemaba obscenamente. El alarido de la sirena continuaba sonando.

—¡Para ese maldito trasto! —gritó ella descompuestamente.

Jurando como un poseído, dándose cuenta de la burla de que había sido objeto, Robles tanteó el maletín, en busca del interruptor que le permitiría detener el mecanismo que producía el sonido. Pero al no encontrarlo, lleno de cólera, agarró el maletín y lo tiró al suelo.

La sirena continuó sonando, pero la cosa no acabó ahí, sino que, de repente y por varios orificios a la vez, empezó a salir un espesísimo humo, de olor nada agradable, que invadió la estancia en contados segundos.

—¡Abre la ventana! —chilló la rubia.

Robles se sentía desconcertado. El aullido de la sirena continuaba y el humo se hacía cada vez más espeso. Comprender que había sido objeto de una burla, le había puesto fuera de sí.

Corrió hacia la ventana y abrió el bastidor. El humo empezó a salir al exterior, pero entonces, alguien lo vio desde la calle y corrió en busca de un teléfono para avisar a los bomberos, con el objeto de que acudiesen a extinguir aquel incendio que tanto humo producía. La sirena que se oyó minutos más tarde, era completamente auténtica.

CAPÍTULO XI

—Aquí estarás segura —dijo Stacey, mientras descargaba del coche una caja llena de comida.

—¿Es tuya? —preguntó Elaine.

—Sí. La compré hace un par de años. Me gusta venir aquí de vez en cuando, sobre todo en el buen tiempo. El río no está lejos y me siento otro dejando pasar el tiempo, con una caña en la mano. No soy un buen pescador, lo confieso, ni tengo pretensiones de tal, pero descanso, que es lo importante.

Elaine contempló el paisaje circundante.

—Los alrededores son muy bonitos —elogió—. Pero me asalta una duda, Shardie.

—¿Sí?

—¿Soy la primera mujer que viene aquí contigo?

Stacey sonrió maliciosamente.

—Nena, abstente de preguntas indiscretas —dijo.

—Sátiro —le apostrofó ella—. Compraste la casa, para tus orgías privadas...

—A lo mejor pensaba en ti entonces.

—No te creo, Shardie.

—Te vi una vez, cuando te salvé de los secuestrares, y desde entonces no he podido olvidarte.

Elaine se puso seria.

—Bromeas, Shardie —dijo.

—No —contestó él sobriamente.

Sacó una llave y se la entregó a la muchacha.

—Abre —indicó.

Mientras ella lo hacía, Stacey cargó con la caja de provisiones. Luego llevó a la casa otra caja con botellas de refrescos y jugos de fruta.

—Aquí estarás bien —dijo, tras haber puesto en marcha el frigorífico—. No te muevas hasta que yo te lo diga.

—Okay, Shardie.

—Ah, una pregunta, Elaine. ¿Es cierto que tu padre murió de un

infarto de miocardio?

—Sí, completamente cierto.

—Exceso de trabajo, ¿no?

—Bien, podría ser así...

—O quizá una fuerte emoción, repentina, desde luego.

—¿Por qué dices eso, Shardie? —preguntó la muchacha, sumamente intrigada.

—Ya lo sabrás en su momento. Ahora, por favor, dime, ¿se puso tu padre en tratamiento respecto a una posible dolencia del corazón?

—Sí, creo que fue a ver un par de veces a un médico. El doctor Latimore, creo que se llamaba.

—Interesante. Me parece que yo también visitaré al doctor Latimore.

Stacey se dirigió hacia la puerta.

—¿Cuándo volverás? —preguntó ella.

—No lo sé. No te impacientes, es todo lo que puedo decirte.

El joven abrió la puerta. Iba a salir cuando, de nuevo, sonó la voz de Elaine.

—Espera, Shardie.

Stacey se volvió. La muchacha se le acercó, mirándole de un modo extraño. Luego puso sus manos sobre los hombros del joven y le besó con suavidad.

—No me importa que hayan venido otras mujeres aquí antes que yo

—dijo después del beso.

—Hay una que viene con mucha frecuencia —sonrió él.

—No lo puedo evitar, Shardie.

—Claro que no. Alguien tiene que ocuparse de la limpieza de la casa, ¿no te parece?

Elaine sonrió radiantemente.

—Eres un... Bueno, prefiero callar —dijo—. Ven pronto, Shardie —suplicó.

—Sí, Elaine.

Stacey salió y se sentó tras el volante de su coche. Arrancó y salió disparado en dirección a la ciudad.

* * *

—Sí, recuerdo perfectamente al señor Cardbane —dijo el doctor

Latimore.

—¿Era grave su dolencia cardíaca?

—Según se mire. De haber seguido el régimen que yo le indiqué, bastante estricto, todo hay que decirlo, hubiese podido vivir todavía muchos años. Le recomendé aire puro, reposo, que no significaba inactividad absoluta, sino muchas horas de sueño y paseos por el campo, además de una alimentación sana y moderada; y también, pero, sobre todo, lo más importante, despreocupación absoluta por los negocios. Como puede comprender, también le prohibí el alcohol y el tabaco, así como el café y otros estimulantes.

—Entiendo, doctor —sonrió Stacey—. Dígame, en su opinión, ¿una noticia mala, conocida de un modo brusco, pudo precipitar su fin, al causarle una viva emoción?

—Sin duda alguna —admitió Latimore—. Es el mismo caso que el de ciertas personas a las que se recomienda se abstengan de asistir a espectáculos excitantes: una película de miedo, un encuentro de béisbol o de boxeo... La emoción en determinados momentos puede causarles la muerte y, de hecho, eso pasa muchísimas veces.

—Por lo visto, a Cardbane no le ahorraron esa emoción.

Latimore se encogió de hombros.

—Leí la noticia de su muerte en los periódicos —contestó—. Tengo entendido que había decidido liquidar todos sus negocios y retirarse al campo, aunque por lo que sé, no le quedó tiempo suficiente de realizar sus propósitos.

Stacey se puso en pie.

—Ha sido usted muy amable. Mil gracias, doctor Latimore —se despidió.

De allí se fue a casa de Polly Caytonee. La rubia le recibió con inequívocas muestras de desagrado.

—¿A qué has venido? —preguntó con desdago.

Stacey sonrió.

—Desearía hablar contigo unos minutos —manifestó—. Seré breve, te lo prometo.

Polly se encogió de hombros. Stacey penetró en el piso y puso sobre una mesa el maletín que había llevado consigo.

La rubia le contempló críticamente, mientras se servía una copa. Con plena deliberación ofensiva, se abstuvo de invitar a su visitante, pero Stacey no hizo caso del gesto.

De pronto, Polly vio una grabadora. Stacey presionó la tecla de puesta en marcha y el aparato empezó a funcionar.

Se oyó una voz de hombre. El vaso que Polly tenía en la mano cayó de pronto al suelo y se rompió, pero ella no hizo el menor caso del incidente. Sus ojos estaban fijos en la grabadora.

Stacey se sentó cómodamente en un butacón, mientras la cinta seguía funcionando. Cuando terminó la grabación, se puso en pie, paró el aparato, sacó la cinta y se la entregó a la joven.

—Guárdala —dijo—. Tengo otra copia.

Cerró el maletín y se marchó.

Polly no había reaccionado todavía. Le costó unos minutos salir de la inmovilidad que se había apoderado de ella.

Entonces, corrió al teléfono y marcó un número.

—¡Fred! —gritó, apenas se hubo establecido la comunicación—. Él ha estado aquí. Lo sabe todo.

—Ya me lo imagino, pero ¿qué pruebas...?

—Idiota. Grabó el diálogo entre tú y la chica. Me ha entregado una copia de la cinta grabada.

En su despacho, Robles frunció el ceño.

—Disfracé la voz... —se defendió débilmente.

—Stacey la ha reconocido, estúpido. Y yo también.

Para cualquier otro, la voz resultaría desconocida, pero no es ese mi caso ni el de Stacey, ¿comprendes?

—Aun así, no constituiría ninguna prueba ante un tribunal. Soy abogado, Polly.

—Todo lo que quieras, pero si él sigue adelante, encontrará el millón y el diario. Y eso es lo que nos interesa, ¿comprendes?

Hubo un momento de silencio. Luego, Robles dijo:

—Polly, deja este asunto en mis manos. Antes de veinticuatro horas quedará definitivamente solucionado.

—De acuerdo, pero si no lo arreglas... ya sabes lo que te ocurrirá. A ti, claro, no a mí; yo siempre tengo cubierta la retirada.

«Con Carleton», maldijo Robles entre dientes, después de cortar la comunicación.

Al cabo de unos minutos de reflexión, sacó una agenda y consultó un número. Lo marcó y esperó.

—¿Bill? —dijo, segundos después—. Soy Robles. Usted me debe un favor.

—Sí, lo recuerdo. Me sacó de un grave apuro hace cuatro años.
—Bien, es hora de que me devuelva el favor. Claro que rió lo hará gratuitamente; puede ganarse un par de miles.
—Creo que entiendo, señor Robles.
—Y, además, se desquitará de lo que le ocurrió entonces.
—¿Stacey?
—Sí, el mismo.
—Okay, eso ya está hecho.
—Gracias, Bill. Cuando haya terminado, venga a verme. Hay dos mil dólares esperándole.
—Muy bien, señor Robles.
El abogado se frotó las manos. En menos de veinticuatro horas, Stacey dejaría de ser un obstáculo para sus planes.
Contaba con los dos mil dólares ofrecidos, pero, sobre todo, con las ansias de desquite de Bill Mac Kay. Era el medio más seguro de conseguir sus propósitos.

* * *

Stacey llegó a su casa y abrió la puerta. Dejó el sombrero a un lado y se dispuso a tomar una copa.
De pronto, vio una puerta entreabierta.
Un súbito sentimiento de alarma llegó a su mente. Aquella puerta estaba cerrada al salir por la mañana. Y Mary, la secretaria, tenía la plena seguridad de ello, no había estado en casa para nada.
Tranquilamente, procurando no denotar haber captado el detalle, se tomó la copa. Luego llevó sus manos al bolsillo de la chaqueta.
—Maldición —dijo entre dientes—, me he quedado sin tabaco. Ahora tendré que bajar a la tienda de la esquina...
Abrió la puerta y salió con prisa ostentosa. Pero no llegó al ascensor, sino que se quedó en el pasillo.
Dejó pasar un cuarto de hora. Luego, con gran ostentosis, abrió la puerta.
—Pasen, pasen —dijo en voz alta—, el ladrón no ha salido todavía. ¿Que cómo sé que hay un ladrón en casa? Muy sencillo, guardias; cuando regresé, vi una puerta abierta, que debía estar cerrada y... Tengan cuidado, puede estar armado y entonces resultaría peligroso.

Mac Kay oyó la voz de Stacey y maldijo entre dientes de su perspicacia, mientras buscaba un lugar dónde esconderse. En la casa no había más que un sitio donde hacerlo con plena efectividad.

Sudó al mirar hacia la calle, situada doce pisos más abajo. Pero esperaba que los guardias se marchasen pronto. Stacey se quedaría solo nuevamente y entonces, él volvería a entrar y...

De pronto, vio a Stacey asomarse por la ventana, junto a la cual se encontraba, de pie sobre una estrecha cornisa que no tendría más de veinticinco centímetros de anchura.

—¿Qué, esperando el autobús? —preguntó Stacey con soma.

Mac Kay se puso a sudar, lleno de rabia al comprender la crítica situación en que se encontraba.

—Le voy a matar —amenazó.

Y llevó la mano al interior de su chaqueta, pero Stacey alzó una mano.

—No lo hagas —dijo tranquilamente—. Parece poca cosa, pero la sacudida de la pistola podría hacerte perder el equilibrio. Hay doce pisos, ¿comprendes?

Mac Kay lanzó una obscena maldición. Aquel condenado detective decía la verdad.

Stacey se sentó calmosamente en el antepecho. Sacó un cigarrillo, lo encendió y exhaló un par de bocanadas de humo.

—Sigue así, Bill —dijo—. Tú y yo tenemos que hablar extensamente.

—Oiga, déjeme salir de aquí...

—¿Salir? ¡Pero si estás fuera! —rió el joven—. Quieres decir entrar, ¿verdad?

Mac Kay estaba a un par de metros de la ventana y dio un paso en sentido lateral. De pronto, Stacey sacó una botella y derramó un chorrito de líquido sobre la cornisa.

—Aceite de oliva puro, especial para ensaladas —dijo.

Mac Kay volvió a maldecir, mientras juraba horriblemente. Tenía otra ventana a una distancia similar, pero estaba cerrada. Tal vez el esfuerzo de romper el cristal le haría caer a la calle, sin contar con que el detective podía hacer fuego contra él impunemente.

De pronto, Stacey sacó una escoba y se la enseñó.

—Es la que usa la mujer que viene a hacer la limpieza del piso por las mañanas —indicó—. Puedo empujarte a la calle, ¿sabes? Y nadie

verá en tus destrozados restos otra cosa que todo lo que queda de un ladrón, que perdió pie al intentar escapar, por haber sido sorprendido en plena faena, y se estrelló contra la acera.

Chorros de sudor corrían por la cara del hampón.

—Déjeme entrar —sollozó—. Lo diré todo...

—¿Quién te ha enviado, Bill? No, no me digas que vienes a vengarte, porque aquello pasó hace cuatro años y has tenido tiempo de sobra para tomarte el desquite. ¿Hablas o te empujo a la calle?

Mac Kay apretó los labios. Ahora maldecía la idea que había tenido de esconderse en la comisa. Debía haber salido pistola en mano, amenazando con hacer fuego si no le dejaban escapar..., pero ya era tarde para lamentaciones.

—Muy bien —dijo Stacey—. No te tiraré a la calle, pero iré a la otra ventana y derramaré más aceite. Es todavía pronto, pasarán horas y horas..., quizá resistas hasta que llegue el día o quizá no..., pero la postura es muy incómoda y... Bueno, ¿es necesario que siga, Bill?

El hampón lanzó un sollozo:

—Abrame la otra ventana —pidió.

—Sí, pero antes quiero saber el nombre —contestó Stacey, inflexible.

—Robles.

—Me lo suponía. Bien, sigue ahí; ahora abriré la otra ventana.

Stacey se retiró al interior de la casa y pasó a la habitación contigua. Cuando se disponía a levantar el bastidor, oyó un grito horroroso.

Sacó el cuerpo. Mac Kay caía revoloteando como un gran pájaro. Stacey comprendió que los nervios le habían fallado finalmente, haciéndole perder pie.

Cerró los ojos. Ver estrellarse a un hombre contra el asfalto no resultaba precisamente agradable.

CAPÍTULO XII

Fred Robles parecía haber perdido la serenidad cuando vio entrar a Stacey en su despacho. Robles se lamió los labios y masculló algo entre dientes.

Stacey no se inmutó por el hostil recibimiento. Sentóse frente al abogado y, apoyando los codos en los brazos del sillón, juntó las yemas de los dedos en actitud displicente.

—Mac Kay ha muerto —dijo.

—No sé quién es ese tipo, aunque he leído la noticia en los periódicos —dijo Robles cautamente.

—Usted le pagó para que me matase.

—¿De veras? Según he leído, Mac Kay sólo tenía veinte o treinta dólares en los bolsillos. Poco dinero por matar a una persona, ¿no le parece?

—A lo mejor lo tenía en casa. O quizá usted le había prometido pagarle cuando me hubiese matado. Aprovechándose, naturalmente, de que Mac Kay estaba resentido conmigo.

Robles soltó una risita despectiva.

—Su fantasía es desbordante —dijo.

—No hay fantasía en este asunto. Mac Kay pronunció su nombre claramente antes de caer a la calle.

—Aun así, no sería prueba...

—Pero sí para mí.

La frase era tajante y Robles captó su sentido en el acto.

Su frente se llenó de minúsculas gotitas de sudor. Las manos le temblaron de súbito.

—Mac Kay pronunció claramente su nombre —insistió Stacey, tras un ligero intervalo—. Puede estar seguro de que no le tiré a la calle, de que fue él quien perdió pie, pero, en todo caso, eso es secundario. Lo que interesa es que admitió que usted le había dado orden de matarme y que yo lo sé positivamente.

Robles estaba lívido.

—No volveré a hacerle más advertencias —agregó el visitante—. Pero deje en paz a la señorita Cardbane. Fíjese bien en que hablo de

Elaine, no de mí. Déjela en paz a ella o le haré lamentar incluso haber nacido.

Stacey se puso en pie.

—Eso es todo —concluyó.

Echó a andar hacia la puerta, pero, de pronto, se volvió.

—Había olvidado algo —manifestó—. ¿Conocía usted la dolencia cardíaca del señor Cardbane?

—Sí —dijo Robles impremeditadamente. Se arrepintió de la respuesta, pero ya era tarde.

—Muchas gracias —sonrió el joven.

Un velo rojo se puso pronto ante los ojos del abogado. Casi sin pensárselo, abrió un cajón de la mesa y sacó un revólver.

—No se vaya, Stacey.

El detective se volvió de nuevo.

—¿Va a disparar? —preguntó.

—Sí. Luego me justificaré...

—Tal vez ante la policía, pero no ante Carleton. En el momento en que yo muera, Carleton recibirá una interesante carta, explicándole la independencia con que usted actúa en el caso del diario y del millón de dólares. A Carleton, probablemente, le interesa más el diario que los billetes, y no le gustaría saber que su hombre de confianza le traiciona en este asunto.

La mano de Robles tembló.

Stacey decía la verdad. Desmoralizado, bajó el revólver.

En silencio, vio partir a su visitante. Sentíase derrotado.

Polly le llamó poco más tarde. Robles le contó todo lo sucedido.

Ella le insultó procazmente. Lo menos que le dijo era que dudaba haber conocido a un hombre.

—No cuentes más conmigo si no averiguas de una maldita vez dónde están el dinero y el diario —concluyó Polly su violenta filípica.

Robles colgó el teléfono. Apoyó la cabeza en las manos y se puso a pensar en el lugar donde Cardbane había escondido el millón de dólares y un comprometedor diario que podía proporcionarles, bien utilizado, una suma semejante.

Stacey también pensaba en lo mismo, mientras conducía su vehículo en determinada dirección.

«Debía haber empezado por ahí», se dijo poco más tarde, mientras llamaba a la puerta de la residencia de Norma Compton.

Una doncella, pulcramente vestida de negro, con cofia y puños blancos, abrió la puerta.

—Deseo ver a la señora Compton. Soy Stacey —manifestó el joven.

—Tenga la bondad de pasar, señor Stacey. Iré a avisarla ahora mismo.

El visitante fue conducido a una salita que conocía muy bien. Encendió un cigarrillo y dejó pasar el tiempo.

Norma tardó casi un cuarto de hora en aparecer.

—Dispénsame, amigo mío —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. Hoy día, arreglarse no resulta sencillo y por eso le he hecho esperar haciéndole perder, sin duda, su valioso tiempo.

—No ha tenido importancia, señora —contestó Stacey—. Por cierto, permítame que le exprese mis condolencias por la muerte de su esposo...

Norma curvó los labios en una mueca de desprecio.

—No lo siento en absoluto —declaró, tajante—. Es más, si conociera al asesino, le haría un homenaje.

Stacey ocultó una sonrisa ante la sinceridad de la declaración.

—El asesino murió ya, señora, aunque eso es lo de menos ahora —contestó—. Ahora me interesa, abusando de su amabilidad, hacerle una pregunta.

—Estoy a su disposición, amigo mío. Pero ¿no quiere tomar algo?

—Muchas gracias, tengo un poco de prisa, señora. —Stacey sacó del bolsillo un papel y se lo enseñó a la mujer—. ¿Le recuerda algo el principio de esta palabra?

Norma estiró los brazos para leer mejor. Era evidente que la coquetería le impedía ponerse los lentes con los que corregía su defecto visual.

—¡Mawbridge! —exclamó.

—Ah, usted sabe...

—Claro que sí, hombre. Mawbridge House es una finca de mi propiedad, situada a sesenta kilómetros al oeste de la ciudad. El nombre, incluso, figura en la verja de entrada. Por cierto, hace mucho tiempo que no voy por allí; tengo que ver su estado actual

y...

—¿Me permitiría usted visitar su posesión, señora Compton?

Norma entornó los ojos.

—Sí, con mucho gusto —accedió—. Ahora mismo le dejaré la llave. Espero que venga a devolvérmela en persona, señor Stacey.

—Será un placer —aseguró él.

La mujer salió un momento y volvió enseguida.

—Aquí tiene —dijo, entregándole un llavero—. Mawbridge está a su entera disposición... como la dueña —añadió con melifluido acento.

—Su bondad me anonada, señora.

—Es el simple deseo de corresponder a quien me hizo un inmenso favor —contestó ella, con ostentosos gestos de coquetería.

—Muy amable, señora.

Stacey se dirigió hacia la puerta. Norma le seguía muy de cerca.

De pronto, el joven recordó algo y se volvió. Al hacerlo, chocó contra ella. Norma pareció muy complacida del encontronazo.

—¿Quería algo más de mí, amigo Stacey? —preguntó, insinuante, con el busto protuberante rozando el pecho del joven.

—Pues... —Stacey carraspeó—, sí, señora. Deseaba hacerle otra pregunta más...

—Hágala, sin miedo. No tema, se lo suplico.

—Es... referente a Mawbridge. ¿Hace mucho tiempo que compró usted la residencia?

—Oh, hará un par de años. Me la vendió un sujeto que necesitaba dinero. Tengo entendido que allí se celebraban orgías secretas, aunque eso no me importó, ¿comprende? Yo adquirí la casa porque el lugar me encanta.

—Sí, es lógico.

—El dueño había llegado a ser un personaje importante, pero se arruinó. Cardbane, creo que se llamaba.

Stacey oyó el nombre y no le extrañó en absoluto. Luego, de forma maquinal, tomó la mano que ella le tendía con gesto insinuante.

—Vuelva pronto, amigo mío —pidió Norma.

—Sí, señora.

Stacey salió bufando de la casa.

«Se arrepentía de haberse casado con un hombre diez años más joven que ella, pero no le importaría reincidir», pensó mientras hacía arrancar el coche.

Mawbridge era un lugar desconocido para Elaine. Resultaba lógico, después de haber oído el comentario de Norma. A Cardbane no le interesaba que su hija conociera la existencia de un lugar donde celebraba bacanales que, seguramente, habrían tenido muy poco que envidiar a las de la Roma antigua.

* * *

—¿Quieres venir conmigo a Mawbridge?

Elaine le miró con los ojos muy abiertos.

—Lo has encontrado —dijo al cabo.

—Sí.

—¿Cómo, Shardie?

—De la forma más absurda y, al mismo tiempo, también la más lógica. Puesto que Compton escribió el principio del nombre y no pudo acabarlo, me pareció que su viuda debía de saber algo al respecto. Mawbridge es una finca que pertenece a la señora Compton.

—Pero si es así, ¿cómo es que el dinero...?

—Vamos —dijo él, a la vez que la agarraba por un brazo—. Ya te lo contaré por el camino. Además, necesito que me ayudes a buscar el diario y el dinero.

—Sí, Shardie.

Salieron de la casa y subieron al coche. Al ponerse en marcha, Elaine formuló una pregunta:

—Shardie, he recorrido la casa y he visto un sótano lleno de objetos horribles. ¿Es tu cámara particular de tortura?

Stacey se echó a reír.

—Sólo es un decorado —contestó.

—Vaya un capricho —refunfuñó ella.

—Nena, sin ese decorado nunca hubiera conocido el escondite en donde te tenían los secuestradores.

—Shardie, no me digas que fuiste capaz de emplear esos horribles instrumentos de tortura.

—Claro que no; pero impresionan mucho a ciertas almas sencillas y crédulas que, además, tienen la conciencia como el cañón de una chimenea al terminarse el invierno. Mac Kay habló apenas le enseñé un hierro al rojo vivo, y lo mismo le sucedió a Narizotas,

¿comprendes?

—Eso me tranquiliza un poco. Pero en cuanto vuelva, tiraré esos hierros al río.

—Y el sótano se destinará al fin para el que fue construido.

—Guardar los trastos viejos.

—No, mujer: será una bodega.

—Ah, ya entiendo. Sí, es una buena idea.

—Y, a propósito —dijo él—. Tú nunca oíste a tu padre mencionar el nombre de Mawbridge.

—No, nunca. ¿Por qué lo dices?

Stacey hizo un gesto con la cabeza.

—Tengo que hacerte una pregunta delicada —manifestó—. Tu padre, ¿falleció instantáneamente o vivió todavía algo después de sufrir el ataque cardíaco?

—Fue cuestión de minutos, aunque enseguida perdió el conocimiento. Ya no lo recobré más, Shardie.

—¿Estabas a su lado? ¿Habló algo cuando se dio cuenta de que iba a morir?

Elaine se concentró en sí misma durante unos instantes. De pronto, exclamó:

—Sí, ahora recuerdo... Mencionó algo de un campamento vaquero, pero yo creí que deliraba y no hice demasiado caso de sus palabras. Estaba muy aturdida, compréndelo.

—Un campamento vaquero —repitió él, pensativamente.

Y ya no dijo nada, hasta que una hora más tarde, detuvo el coche ante la verja que cerraba el paso al jardín de Mawbridge House.

Stacey se apeó del coche. Elaine le siguió.

El joven sacó las llaves que le había dado Norma Compton. Fue a abrir, pero se dio cuenta de que alguien se le había anticipado.

Frunció el ceño.

—Elaine, vamos a entrar. Ponte detrás de mí —indicó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, alarmada.

—Sucede, simplemente, que alguien ha tenido la misma idea que nosotros, sólo que ha llegado antes.

Elaine lanzó un gemido. Stacey sacó su pistola y echó a andar por el sendero central.

Remaba un silencio absoluto. El jardín, observó Stacey pensativamente, estaba bastante descuidado.

La casa era grande, de planta baja y primer piso. Un lugar solitario, adecuado al uso que su primitivo dueño le había destinado. Los edificios más próximos se hallaban a cientos de metros de distancia. Nadie oiría el estruendo de las juergas que se habían celebrado en aquel lugar.

Entraron en la casa y cruzaron el vestíbulo. Stacey abrió una puerta y divisó una amplia biblioteca, adornada con algunos cuadros.

Elaine le siguió. Apenas habían dado dos pasos en el interior de la sala, oyeron una voz masculina:

—Stacey, será mejor que tire la pistola o haré fuego —dijo Fred Robles.

CAPÍTULO XIII

Stacey dejó caer el arma al suelo. Tranquilamente, dijo:

—No me extraña encontrarle en absoluto en este lugar, señor Robles. Y, supongo, Polly está con usted.

—Aquí, Shardie —dijo la rubia con acento lleno de rencor.

—Avancen unos pasos —ordenó el abogado—. Así, muy bien, quietos —dijo, cuando la pareja de recién llegados estuvo en el sitio deseado—. Ahora, vuélvanse.

Stacey y Elaine obedecieron. La muchacha miró con desprecio a Robles.

—Usted, el que fue hombre de confianza de mi padre.

—Y el que provocó su muerte, con las malas noticias sobre las pérdidas en Bolsa, ¿verdad? —añadió Stacey.

El semblante del abogado se contorsionó.

—Cállese, maldita sea —dijo, furioso.

—¿Por qué? Estoy diciendo la verdad —respondió el joven serenamente—. No es cierto que Cardbane hiciera aquellas inversiones erróneamente, sino que lo hizo por su consejo, sabiendo que perdería hasta el último centavo. Pero también sabía que había reunido un millón en efectivo y que lo había escondido en alguna parte, aunque ignoraba el lugar exacto. Además, claro, estaba el diario personal, que se halla junto al dinero. Son dos cosas que usted no hubiera podido conseguir, mientras viviese Cardbane. Pero ¿por qué complicarse la vida con un asesinato, cuando podía matarlo sin que nadie le achacara la menor culpa?

—¿Es cierto eso, Shardie? —preguntó Elaine.

—Mírale a la cara —dijo Stacey.

Elaine lo hizo así. En un instante, comprendió la verdad.

—Sí, lo mató usted —dijo acusadoramente.

—Bueno, Cardbane ya está muerto —rezongó Robles con acento despectivo—. Pero el dinero y el cuaderno están aquí.

—Es curioso —murmuró Stacey—. ¿Por qué ha tardado tanto en venir a Mawbridge?

—Nunca pensé que Cardbane pudiera esconder el dinero en un

lugar donde venía a veces tanta gente. Podía resultar comprometedor y alguien tal vez lo encontraría sin querer. Pero me equivoqué.

—Entonces, ha llegado a la conclusión de que tanto los billetes como el diario están aquí.

—Ustedes han venido a buscar lo mismo, ¿no?

—¿Quién te lo ha dicho, Shardie? —preguntó Polly.

—La actual dueña de Mawbridge.

—Norma Compton.

—Sí, la misma.

—Su esposo lo sabía —intervino Robles.

—Me lo imagino. Por eso murió.

—¡Pero yo no ordené su muerte! —protestó el abogado.

—Nadie le acusa de ese hecho, aunque sí me imagino que Compton, que debió de enterarse de algún modo, quiso quedarse el botín para él solo.

—¿Y para qué diablos quería tanto dinero un hombre casado con una mujer rica? —exclamó Polly.

—Es bien sencillo: Ralph Compton estaba casado con una mujer que le pasaba diez años. Norma Compton aún resulta pasablemente atractiva, pero dentro de otros diez años tendrá veinte kilos más de peso y... Bueno, no se puede comparar precisamente contigo.

—¡Cómo! —gritó Robles—. Polly, ¿también tú con Ralph?

—No seas idiota —contestó la rubia, de mal talante, mientras Stacey soltaba una risita—. ¿No ves que ese tipo sólo quiere provocamos?

—Robles, medite un poco. Acabará por llegar a una conclusión sobre la forma en que Compton conoció la existencia de ese millón y del diario de Cardbane —indicó el detective.

—Fuiste tú, Polly —dijo el abogado rencorosamente—. Has estado jugando con varias barajas a un tiempo, segura de ganar, quienquiera que fuese el triunfador: Carleton, Compton, yo...

—Y porque yo escurrí el bulto, de lo contrario, también podría figurar en la lista —rió el detective.

De repente, Robles alzó la mano armada y golpeó a Polly. La rubia cayó al suelo, lanzando un chillido de angustia, a la vez que la sangre empezaba a brotar de su mejilla izquierda, rajada por el punto de mira del arma.

El abogado parecía haber perdido el control de sí mismo. Levantó la mano armada y apuntó con el revólver a Stacey.

—Y ahora mismo —dijo, ciego de ira—, va a decirme dónde está el dinero o le llenaré el cuerpo de plomo.

Tranquilamente, Stacey cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo siento —contestó—. Todo lo que puedo decirle es que lo que busca está en la casa. Pero ignoro concretamente el lugar en que Cardbane escondió un millón de dólares y un cuaderno que vale, por lo menos, otro tanto.

Robles comprendió que el joven decía la verdad. Pero aún le quedaba el recurso de la muchacha y su pistola apuntó directamente a la frente de Elaine.

—Ella lo sabe —dijo—. Hablará o no vivirá más de diez segundos.

—No sea estúpido —exclamó la propia Elaine—. ¿Cree que si hubiera sabido dónde estaba el dinero, me vería ahora a punto de ser desahuciada de mi casa, porque vence la hipoteca?

Robles se sintió desconcertado.

Elaine era sincera, no tenía por qué mentirle.

—Es igual —dijo al cabo—. El dinero está aquí. No tengo prisa. Buscaré por toda la casa y acabaré por encontrarlo.

Polly estaba sentada en el suelo, ocupada en restañar la sangre que brotaba de su mejilla.

—¿Qué piensas hacer con ellos? —preguntó.

—¿Le dirás que nos mate, Polly? —sonrió Stacey.

El abogado vacilaba.

—Usted no es un asesino, Robles —dijo—. Lo que no impide que haya contratado los servicios de otro para matar a una persona. Pero es muy distinto ordenar la comisión de un crimen que realizarlo por sí mismo. El que aprieta el gatillo suele pasarlo bastante peor que el que ordena esa muerte, quien, a poco listo que sea, puede eludir sus responsabilidades. Pero si usted nos mata, terminará muy mal.

—Y Polly encontrará a otro —añadió Elaine, contagiada de la calma y el valor que demostraba Stacey.

—Está bien —dijo Robles—. Maldita sea, los encerraré en el sótano de la casa; así no nos estorbarán, mientras ella y yo buscamos el dinero. ¿Te parece bien, Polly?

La rubia le miró de un modo que hizo transparentes sus

pensamientos, por lo menos, para Stacey. El detective adivinó que Robles se quedaría sin Polly y sin el dinero..., suponiendo que encontrase el millón escondido allí por el padre de Elaine.

—Sí, como quieras —contestó Polly indiferentemente.

—Bien, caminen hacia el sótano; yo les indicaré el camino. Pero mantengan las manos en alto todo el tiempo o apretaré el gatillo —ordenó Robles.

Stacey y la muchacha se volvieron. Apenas lo habían hecho, sonó una voz:

—¿Por qué va a encerrar a esa pareja en el sótano, Fred?

Stacey se estremeció ligeramente. La presencia de Carleton no podía resultar menos oportuna. Solo, con el abogado, tenía posibilidades de hacerle alguna jugarreta y escapar. Ahora las cosas se ponían mucho más cuesta arriba.

* * *

Polly dejó escapar un grito ahogado, olvidada en el acto del dolor que sentía en la mejilla. Robles lanzó una maldición.

—Vamos, Fred, conteste —insistió Carleton.

Stacey se volvió de nuevo. Carleton no había venido solo.

Narizotas estaba con él, y también Eakin y Louie. Los dos pistoleros tenían sus armas en la mano. Eakin, por contra, permanecía en un discreto segundo término.

—Bueno..., yo vine aquí, por... por... —Robles tartamudeaba y se ahogaba, ahora era un hombre completamente distinto del frío y calmado que siempre se le había visto.

Los ojos de Carleton se entornaron.

—Vino a por un millón y un comprometedor diario —dijo Stacey amablemente.

—Algo de eso me figuraba —murmuró—. ¿Ha encontrado algo, Stacey?

—No; nadie ha encontrado nada todavía.

—Lo cual significa que el dinero está aquí.

—A usted le interesa más el diario, Carleton.

—¿Cómo lo sabe?

—Hay cosas comprometedoras contra usted, pero más contra otras personas, a las cuales podría usted apretar las clavijas, no para un

chantaje vulgar y conseguir algunos miles de dólares, sino para algo de más altos vuelos: adjudicación de contratos de obras de la ciudad y cosas así. Basta ver su relación con el ilustre Horatius Dudley para darse cuenta de sus intenciones.

Carleton le contempló admirativamente.

—Es usted un tipo muy listo, Stacey —dijo—. Lástima que no quisiera ponerse a mi lado.

El joven se encogió de hombros.

—Es cuestión de conciencia —respondió—. Por cierto, ¿cómo ha sabido usted...?

—Le he tenido vigilado todo el tiempo —aclaró Carleton—. Como habrá podido apreciar, me convenía dejarle libertad de movimientos, a fin de que usted mismo me trajera hasta el tesoro.

—Es usted muy astuto, aunque convendrá conmigo que hubo ocasiones en que quiso quitarme de en medio.

—Nunca —protestó Carleton—. Usted me convenía más vivo, lo cual no significa que ahora siga pensando lo mismo.

Stacey captó el significado de aquellas palabras. Pero decidió seguir luchando mientras pudiera.

—De modo que usted no envió a Bud Crowlech a quitarme de en medio —dijo.

—No —confirmó Carleton.

Los ojos del joven se posaron en el rostro de Eakin, que se había contraído repentinamente.

—Entonces, alguien actuó independientemente de usted —dijo.

—Robles, seguro.

—En el caso de Crowlech, no.

—¿Cómo dice?

Stacey hinchó el pecho.

—Carleton, mucho me temo que todos los que hay aquí le han estado engañando, a la vez que se engañaban unos a otros —dijo—.

¿Se le ha ocurrido pensar que el atentado de Frank Pace podía tener otros motivos que el simple resentimiento por un despido?

—¿Podía tener otros motivos?

—Si el despido se hubiese producido hace sólo unas semanas, tal vez; pero Pace había dejado de trabajar en el Twenty Nine hacía ya más de dos años. ¿Por qué no intentó matarlo antes? ¿Era preciso que esperase dos años para vengarse de usted? ¿No lo encuentra un

poco raro? Además, Pace era un vulgar empleado; usted no tenía por qué entrar ni salir en su despido. Eso era cosa del que dirige el Twenty Nine, a quien usted había concedido amplios poderes en tal sentido. ¿Me equivoco, Carleton?

Una chispa de furia apareció en los ojos del aludido al comprender la verdad. De pronto, giró sobre sí mismo y volvió hacia Eakin.

—¡Fuiste tú, Roy! —gritó.

—Sí —contestó el aludido—. Y lo que entonces no pudo hacer Pace, lo haré yo mismo. ¡Ahora!

Sacó una pistola y disparó tres tiros a la cara de Carleton, cuyo cráneo saltó en mil sangrientos pedazos.

Stacey cargó con el hombro y derribó a Elaine, tendiéndose sobre ella, para protegerla de las balas. Un segundo más tarde, Bidford hacía fuego contra Eakin.

El individuo chilló y, volviéndose, intentó disparar contra Bidford, pero ya se le había anticipado Louie. Los estampidos atronaban la sala.

Se oían alaridos y chillidos de dolor. De súbito, Robles alzó las manos y se las llevó a la cara, a la vez que emitía un horrible grito.

El abogado se tambaleó. Alargó la mano, en busca de un asidero, que resultó ser el borde inferior del marco de un cuadro. Pero el peso era demasiado y Robles se llevó el cuadro consigo al caer por tierra.

El tiroteo cesó de pronto. Polly chillaba histéricamente, enloquecida por el terror. Louie quedó en pie, con la pistola en la mano, mirando aturdido a todas partes.

Cuatro hombres yacían en el suelo, en medio de grandes charcos de sangre. El pistolero no sabía qué hacer.

De pronto, una silla voló por los aires, tirándole de espaldas. La pistola se escapó de su mano.

Stacey saltó sobre él y lo dejó sin sentido de un terrible puñetazo.

Louie podía sentir la tentación de acabar con los testigos vivos.

Elaine miró espantada la horrible escena. Stacey fue hacia ella, la ayudó a levantarse y la condujo a una habitación contigua. Polly había callado ya, pero el horror la mantenía fuera de sí, completamente ajena a cuanto la rodeaba.

Stacey la sacó también, dejándola al cuidado de Elaine. Luego volvió a la sala.

—Parece un degolladero —murmuró.

Había que llamar a la policía. Antes de usar el teléfono, levantó el cuadro caído sobre Robles y lo contempló un instante. Sus ojos fueron después al trozo de pared que había estado situado hasta entonces tras el cuadro.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Se acercó al teléfono, lo levantó y marcó el número de la central telefónica, a fin de que la operadora le diese conexión con la policía.

* * *

—De modo que la chica tiene ahora una bonita fortuna, ¿eh? —dijo Sam Lunn días más tarde, mientras almorzaba en unión de su amigo.

Stacey asintió con un gruñido.

—¿Qué ha sido del diario? —preguntó Lunn.

—Le aconsejé que lo entregase al fiscal del distrito. Lo que haya que hacer con ese diario, corresponde a la justicia.

—Lógico —convino el abogado—. Y dime, ¿cómo fue a parar allí el millón de dólares?

—Lo escondió el padre de Elaine. Era el dinero del rescate que hablan pedido los secuestradores hacía cuatro años. Las cosas empezaban a ir mal para Cardbane y quiso asegurar el futuro de su hija.

—Ya entiendo. Pero alguien se enteró...

—Robles, sobre todo, porque sabía que el dinero no había vuelto al Banco. El secuestro había sido organizado por Carleton, quien, entonces, ya quería quitar de en medio a Cardbane, cuando menos, como competidor. Pensaba que Cardbane se quedaría sin dinero para seguir adelante con los negocios y, en cierto modo, acertó. Pero no contó con el diario, de lo que se enteró más tarde, cuando Robles empezó a trabajar para él.

—Oye, pero el botín no estaba en un campamento vaquero...

Stacey sonrió.

—El cuadro que ocultaba el hueco hecho en la pared, era copia de un cuadro de Remington. Ya sabes que Remington fue el mejor especialista del siglo pasado en ese género de pinturas del Salvaje Oeste.

—Sí, desde luego. Y ahora, ella es rica y tú...

Stacey se encogió de hombros. Fue a decir algo, pero, de pronto, algo cayó sobre el mostrador.

—Hola, Shardie —dijo Elaine.

El joven se volvió. Lunn saludó a la muchacha.

—¿Qué es eso? —preguntó Stacey, señalando el sobre que ella había dejado sobre la barra.

Elaine le dirigió una sonrisa radiante.

—Significa que soy pobre y que estoy muy contenta —respondió.

—Hombre, nunca he visto a nadie que se ponga contento por ser pobre —rezongó Lunn—. A menos que sea un chiflado y usted no lo es, Elaine.

La chica le dirigió un alegre guiño.

—Es que si fuese rica, Shardie no se casaría conmigo —contestó—. Ha resultado ser un tipo muy puntilloso, ¿sabe?

—Bueno, cuando dos se quieren, el dinero no tiene demasiada importancia, digo yo —habló el abogado filosóficamente—. Con tal que haya para comer...

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? —barbotó Stacey—. Elaine, no irás a decirme que has regalado el dinero a alguna obra benéfica, sólo porque yo...

—Nada de regalos. Me lo han quitado —contestó la muchacha.

—Vamos a la policía. Es preciso formular una denuncia. Sam, ¿te encargarás del caso? Yo pagaré los gastos, por supuesto.

—No hay inconveniente —accedió Lunn—. Pero antes me gustaría saber qué ha pasado. Un millón de dólares no es cosa liviana de transportar y más si está en billetes de cinco, diez y veinte. Eso pesa bastante, Elaine.

—Ya lo sé, pero yo no he dicho que me lo hayan robado. Lo que quiero significar es que ha sido un despojo legal.

—Elaine, explícate de una vez —rogó Stacey, impaciente.

—Está ahí, en ese sobre. Son los impuestos que debía mi padre. Si hubiese estado vivo, o hubiese pagado o hubiera ido a la cárcel. Yo no tendría que pagar nada en circunstancias normales, pero ahora poseía un millón de dólares.

—¿Y cuánto te han dejado esos cuervos de los impuestos?

Elaine sonrió.

—Apenas si he podido rescatar la hipoteca que pesaba sobre la casa

—respondió—. Pero la venderé, y me darán un buen pico y...

Lunn abandonó el taburete.

—Ya os enviaré un buen regalo de boda —se despidió.

Elaine fijó la vista en Stacey.

—¿Y bien, Shardie?

El joven demoró la respuesta un segundo.

—He esperado esta ocasión durante cuatro años —respondió.

Y abrazó a Elaine y la besó, sin importarle en absoluto el lugar en que se hallaban. A ella tampoco le importaba nada, salvo sentirse feliz y dichosa en brazos del hombre a quien amaba.

FIN



Luis García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.